



► Actual Corredor de las Palmeras. Archivo Institucional. 1976

Justiniano Turizo Sierra

‣ Vuestra obra, que es vuestra vida²

Discurso del fundador y presidente Dr. Justiniano Turizo Sierra en el contexto de la entrega del Honoris Causa en Humanidades al artista Pedro Nel Gómez.

Señor Maestro Pedro Nel Gómez, Ingeniero y Doctor en Humanidades.

Al apreciar conjuntos y detalles de vuestra obra, que es vuestra vida, me ha dado por intuir que con un sentir desprovisto de alucinaciones y una concepción profundamente comprensiva de lo humano, el artífice ha dado paso a la creación evolutiva de lo que captara la pupila y el oído infantil en el medio sicofísico que le rodeara y que ha sido tenido como básico en la conformación del ánimo antioqueño: la búsqueda y extracción del oro; la plantación y cultivo de la semilla venciendo dificultades; la boda, el hogar y el desfile hacia la última morada, son escenas que traducen esas sencillas percepciones infantiles y en ellas, trasladadas al lienzo, al muro o al mármol se encuentra lo magistral y poético de vuestra obra que marca un hito de luz en la

² Tomado de: *Revista Sociología*, 1, 1978.

historia de la afortunada región que os viera nacer y se desparrama por la comarca antioqueña acariciando sus labores, su ocio, sus angustias, sus amores, sus sueños, sus realidades, sus cosas y sus hombres.

La Universidad Autónoma Latinoamericana es una corporación que, como todas las de su clase, procura recoger, exaltar y utilizar ciertos valores humanos de la sociedad ambiental para emplearlos mediante la docencia en la esperanza de que ocurran avatares en el estudiantado y de ese modo perpetuar esos valores.

Es esa la razón o motivación que indujo al H. Consejo Académico de UNAULA, haciendo uso de su autónoma soberanía, a solicitar vuestro consentimiento para otorgaros el título de doctor en Humanidades.

Vuestra aceptación es causa de gran complacencia en el ámbito universitario y el H. Consejo Académico os expresa sus agradecidos sentimientos por intermedio del presidente de UNAULA, a quien también ha encomendado la grata tarea de entregaros este cartón que simboliza lo mejor que la Universidad Autónoma Latinoamericana puede dar, y es ella, nuestra Universidad, quien tiende su mano para poner en las vuestras el testimonio de que os incorpora a su comunidad entre cuyos estudiantes y funcionarios hay muchos que parecen creaciones vuestras cuando pintáis, graváis o esculpís humanas angustias o cumplidas esperanzas.

Admirado Maestro:

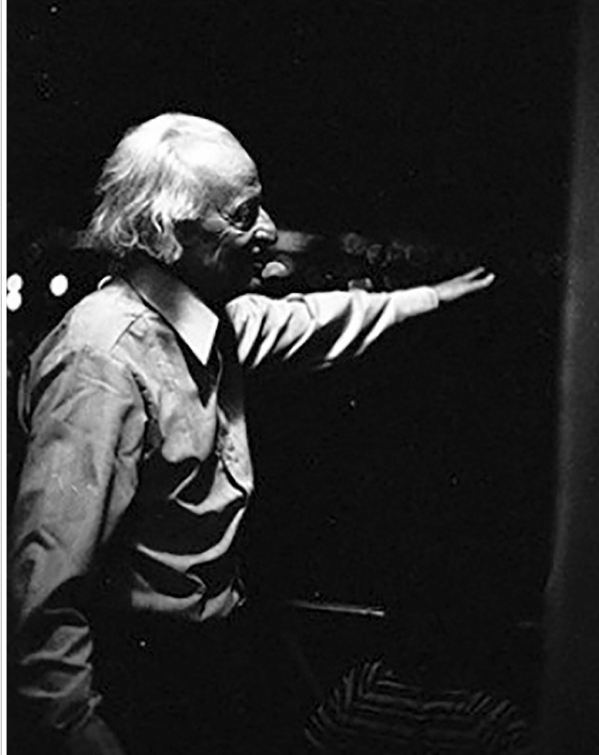
El alma de nuestro grupo universitario se siente en extremo complacida al recibirlos como uno de sus arquetipos y en su nombre os entrego este título.

Justiniano Turizo

Presidente



► De izquierda a derecha: Héctor Abad Gómez, [persona no identificada], Jairo Uribe Arango, Jesús María Jiménez, Justiniano Turizo Sierra, Guillermo Merino Gutiérrez. Archivo institucional. (s.f.).]



► Maestro Pedro Nel Gómez.
Colección Iván Restrepo.
Biblioteca Pública Piloto -
Archivo Fotográfico. 1975.

Pedro Nel Gómez

Pintor, muralista, escultor, ingeniero civil, arquitecto y urbanista antioqueño Anorí, julio 4 de 1899 - Medellín, junio 6 de 1984. Uno de los grandes muralistas de América.

El 6 de junio de 1978, UNAULA le concedió el título *Honoris Causa* por sus virtudes de humanista que enaltecen la formación del arte con una mirada natural del mundo. Es constituyente del movimiento estético de Colombia y de América Latina junto con Débora Arango, quien sería su estudiante.

« Algo muy grave ha pasado en nuestra patria.
La medida de la tremenda destrucción espiritual,
antes que todo, la comprendemos
en nuestro desconcierto. »

› SOY hijo...

Soy hijo del doctor Jesús Gómez González, quien antes de entrar a la vida administrativa y política del país, residió en la población de Anorí, localizada en los Andes centrales de Colombia, zona rodeada de selvas tropicales que se extienden a lo largo de estas altas montañas y de los ríos auríferos Porce, Nechí, Bagre. Es mi madre María Luisa Agudelo García, nacida en la población de Amalfi, de la misma región de los Andes colombianos. El matrimonio se llevó a cabo en la población de Hojas Anchas de la misma región. El padre trabajó hasta con quinientos barequeros bajo su dirección, lavando el oro en forma primitiva en las minas llamadas El Infierno y Candelo, en plena zona cálida del trópico y sobre los mencionados ríos. Fue dueño él de algunas de estas minas, tenía en la población de Anorí otras propiedades y fincas de ganadería, pero la situación política de mil ochocientos noventa y nueve a mil novecientos tres, sumamente agitada con la revolución o guerra civil que se llamó en Colombia de los Mil Días, perteneciendo él al partido político opuesto al gobierno, el Partido Liberal, se encontró en muchas dificultades con los soldados del gobierno que perseguían en estas regiones a las personas de la oposición política, así logró escapar de las requisas de su casa, escondido por su esposa en una gran caja de carbón.

En plena guerra civil debió abandonar su población y trasladarse a la capital del departamento de Antioquia, Medellín, con cinco hijos y el artista, el sexto hijo, a la edad de dos años. Don Jesús Gómez González continuó sus estudios de Derecho en esta ciudad, en gran parte en forma autodidacta, y volvió a trabajar en el laboreo de las minas, para sostener su familia, ya que las propiedades que tenía en la región de Anorí fueron confiscadas. Pasaron diez años y mi padre fue elegido como representante de la Cámara en Bogotá; ya comienza

entonces su vida como político liberal demócrata, defensor del pueblo, y sigue como abogado minero en la ciudad de Medellín, defendiendo las propiedades mineras contra los intereses extranjeros. Más tarde fue nombrado consejero del Estado.

Hago mis estudios elementales dentro de la casa familiar, en gran parte ayudado por los hermanos mayores, quienes habían ingresado a la universidad. En épocas difíciles la familia tenía que vivir en poblaciones vecinas de Medellín, por la muy mala situación económica y yo hacía el recorrido de unos diez kilómetros a pie tres veces por semana, a la edad de doce años, para asistir a la Escuela de Bellas Artes. Dormía en la sala rodeado de estatuas griegas y renacentistas, copias en yeso que algún profesor había logrado traer de Europa. Acompañado por el consabido esqueleto, donde los artistas estudiábamos el cuerpo humano.

Esta época dejó huellas profundas en mi psicología debido a una serie de acontecimientos dramáticos en la familia: mi hermano Rafael, queriendo salvar algunos bienes comerciales en un incendio en la plaza central de Medellín de esa época, resultó muerto por el desprendimiento de una viga en el interior de aquellos almacenes. Mi madre me envió a averiguar al hospital donde habían trasladado el cadáver de mi hermano, tuve que reconocerlo por la dentadura, en la caja donde ya se iba a llevar al cementerio.

Mi otro hermano, Jesús Eduardo, técnico mecánico, quien trabajaba en la ciudad costeña de Barranquilla, muere ahogado en el río Magdalena, vecino a esa ciudad. Estos acontecimientos dejaron en mi vida de niño una profunda huella que influyó sobre mi carrera artística ampliamente, porque ellos eran los grandes admiradores de mis obras juveniles.

De esta época parten mis estudios acquarelísticos, sobre todo del paisaje. La primera caja de acquarela que recibí era la acquarela que mi hermano segundo Marco Tulio usaba en los planos de ingeniería,

planos y proyectos acuarelados. En esta misma época inicié los estudios, por voluntad propia, de las naturalezas muertas, y a la edad de quince años, en la Escuela de Bellas Artes, hice, con otro compañero, Eladio Vélez, la primera exposición que se verificaba de conjunto en Medellín, de naturalezas muertas de nuestras frutas, de nuestras flores. Esto fue alrededor de mil novecientos quince.

Terminado el bachillerato en la Universidad de Antioquia, ingresé a la Facultad Nacional de Minas, en la asignatura de ingeniería civil y matemáticas, y continué a la vez en la Escuela de Bellas Artes durante las noches, de las seis a las diez. Fue una época para mí de una disciplina a toda prueba, porque la carrera de ingeniero civil era en extremo difícil en aquella época. Hice la carrera de ingeniero en compañía de mi hermano Jorge, quien iba un año delante de mí. Ya en esta época el octavo hermano, Juvenal, había iniciado el bachillerato, para seguir luego Ciencias Jurídicas en el Externado de Bogotá.

Terminada la carrera, entré a trabajar inmediatamente en el Municipio de Medellín, en la ejecución de planos urbanos y las redes telefónicas de la misma ciudad. En este período de año y medio de trabajo como ingeniero en obras de urbanismo y arquitectura escolar, me di cuenta que me era necesario el sacrificio de abandonar estos trabajos profesionales y de trabajar en otra ciudad más amplia. Con mi hermano Marco Tulio me trasladé a la capital y lo primero que hice fue instalar mi taller de pintor, y trabajé como arquitecto en la oficina del arquitecto Pablo de la Cruz. Luego, con mi hermano Marco Tulio, trabajé en un contrato en la construcción del Ferrocarril del Norte, lo que me permitió ahorrar algunos miles de dólares, con los cuales me trasladé a Europa. El viaje debía ser directamente a Italia, pero no encontrando pasajes en barco, terminé por viajar a Holanda; así me hallé en Ámsterdam, en la primavera de mil novecientos veinticinco. Fue esto de gran importancia, porque desde muy temprana edad conocía obras de los maestros holandeses en reproducciones, de

Rembrandt, Van Delft, Jan Steen, Frans Hals, y otros. Permanecí en Ámsterdam por poco tiempo, me di cuenta de mis verdaderas inclinaciones artísticas a esa edad de mi vida, y me trasladé a París con la inquietud de estudiar de cerca el impresionismo francés. A pesar de algunos meses de permanencia, allí mi ánimo estaba orientado a seguir hacia Italia y partí para Florencia en donde fijé mi residencia definitiva ya para muchos años.

Quise vivir en Florencia, vecino al río, y después de algunas dificultades encontré una habitación en una casa de la Plaza Francesco Ferrucci, al pie del viejo Ponte di Ferro. Desde este lugar debía viajar siempre a la Escuela privada del profesor Zardo, en *viale*³ Milton, por algunos meses y después entré a la Academia de Bellas Artes, en octubre de mil novecientos veinticinco, donde permanecí por poco tiempo, pero ya había adquirido una experiencia importante y trabajaba a la vez en un estudio, donde ejecuté varias obras al óleo de mucha importancia, tales como la *Lección de anatomía*, el *Retrato de la Señorita Innocenti*, *La Amazonomaquia*, el *San Jerónimo*, la *Anciana romana* y muchas otras obras que dos años después fueron expuestas en una gran sala organizada, con el nombre de Exposición Latinoamericana, en Roma, Vía Margutta, círculo artístico.

En esta época tuve necesidad de cambiar de habitación, de la Piazza Ferrucci a la vía Santo Egidio, cerca precisamente donde vivía la familia Scalaberni, familia que realmente no conocí. Prácticamente la situación era bastante difícil, pero al fin recibimos una ayuda en forma de apoyo para mí y para mi amigo y pintor Eladio Vélez, que ya se había trasladado de Roma a Florencia. Luego de unos seis meses en este apartamento, me trasladé a Piazza Santa Croce, en la esquina de Borgo dei Greci y via Bardi, lo que me permitió estudiar

³ En italiano, «avenida» o «paseo arbolado».

ya muy cuidadosamente las grandes decoraciones al fresco de Giotto, en ese panteón florentino. Pero lo más importante es que en el mismo edificio, donde tenía mi apartamento, se había trasladado la familia Scalaberni, donde conocí a Giuliana, quien dirigió todo el resto de mi vida hasta su muerte en mil novecientos sesenta y dos. Me trasladé después a vía Maggio, donde nació el primer hijo, Giuliano, y donde viví con mis hijos Germana y Giuliano algunos años; esto me permitió estudiar cuidadosamente la iglesia del Carmen, donde se encuentran las decoraciones famosas de Masaccio. Prácticamente mi vocación de pintor al *buon* fresco se formó por iniciativa personal, ya que en la Academia nunca practicaron la pintura del fresco, y por mi muy larga investigación en todas las ciudades de Italia, inclusive en Roma, comprendí que mis inclinaciones como pintor, a pesar de largas experiencias en óleo, la acuarela y el pastel, iban dirigidas hacia los grandes conjuntos murales que después se hicieron una realidad en Colombia, en el primer conjunto monumental del Palacio Municipal de la ciudad de Medellín, primera obra mural al fresco en Colombia.

Es importante saber por qué tomé interés por conocer las razones y los procedimientos técnicos que se usaron en el Renacimiento para la pintura al fresco. Me interesé a fondo en comprender la razón de ser de una pintura tan difícil usada por los artistas en Italia, del mil trescientos hasta el mil quinientos cincuenta, y que marcaba un hecho de transcendencia universal, puesto que fue Italia la heredera de las grandes tradiciones murales de Egipto, de Grecia y de Roma. Me preocupaba, como ingeniero civil y arquitecto, la inmensa, gigantesca obra de la arquitectura, donde muy escasamente aparecen los conjuntos murales y los grupos escultóricos como en aquellas épocas anteriores. Esta fue mi inquietud por más de ocho años, desde la llegada a Europa hasta mi regreso a la América Latina. Se comprende que, siendo profesional ingeniero civil, en mi carrera hice cuatro cursos de

química. Realmente la pregunta que siempre me hacía: por qué estos célebres artistas escogieron aquellas creaciones murales al fresco tan difícil, cuando la pintura al óleo ya había penetrado en toda Europa, en formas en extremo avanzadas en el norte del continente y en Venecia, etcétera. Mi conclusión fue definitiva: para la época actual es necesario en cualquier parte del mundo una pintura monumental que se acerque a las grandes revoluciones de los tiempos modernos, una pintura que se acerque más a los pueblos en todos sus aspectos, y al hombre.

De regreso a Colombia, a fines de mil novecientos treinta, en condiciones económicas desastrosas, recibí la oferta de dirigir una pequeña escuela de Bellas Artes en la ciudad de Medellín. Inicié, con el regreso de la esposa Giuliana, una amplia labor en la pintura al óleo, obras que se conservan en la Casa Museo, en su mayoría, así como numerosísimas labores en acuarela sobre temas de naturaleza muerta. Con todas estas obras traídas de Europa y hechas aquí, de mil novecientos treinta y uno a mil novecientos treinta y cuatro, hice una gran exposición en la capital de la república, en un salón central del Capitolio, un conjunto de ciento catorce obras. El prestigio conseguido con esta exposición me permitió firmar el contrato con el Municipio de Medellín para las decoraciones del Palacio Municipal, un conjunto de once murales en donde hay obras de sesenta metros cuadrados, como aquella del Concejo Municipal, y un conjunto de cuatro obras de dieciséis metros cuadrados cada una, en la sala de la administración del señor alcalde. Puede decirse que en estos murales, por primera vez en la historia de Colombia, aparece el desnudo en los edificios públicos. Estas obras se terminaron en mil novecientos treinta y ocho, después de cuatro años de trabajo, un total de superficie de doscientos metros cuadrados. Pasaron luego así como ocho a diez años sin trabajos murales debido a la reacción de las gentes directivas del Esta-

do, en esos murales se trataron los problemas del Estado colombiano, problemas económicos y problemas sociales de esa época tan agitada por la Segunda Guerra Mundial. Se necesita un espacio de diez años para lograr convencer a mi país de la necesidad de las decoraciones murales y, como en el Palacio Municipal había tratado temas del Estado colombiano y temas sociales, se presentó una reacción contra mis obras al fresco.

Para continuar esta lucha por la pintura monumental, tócame, por gran fortuna, el proyectar y la construcción de los edificios de la Facultad de Minas en Medellín como arquitecto, en donde inicié, en condiciones económicas muy desfavorables, la obra al fresco del Aula Máxima, una cúpula parabólica de doscientos metros cuadrados, que se vino a pagar muchos años más tarde.

Continuaron luego los murales en los pórticos y los frescos verticales del Aula Máxima. Los relieves en piedra en el pórtico inferior se ejecutaron por esta misma época. Esta obra de la Facultad Nacional de Minas dejó perfectamente establecidas mis capacidades en la ejecución de grandes conjuntos al fresco y en tallas de piedra.

Continuaron después otras grandes decoraciones: Banco Popular, Medellín; Instituto del Sena, Medellín; Clínica León XIII, Medellín; Banco de la República, Bogotá; Instituto de Crédito Territorial, Bogotá; Banco Popular, Cali; Universidad de Antioquia, y los frescos ejecutados y en ejecución en la Casa Museo en Medellín.

Al lado de estas decoraciones murales ejecuté esculturas en madera de dimensiones amplias y últimamente, tallas en mármol, en cinco bloques de cincuenta toneladas cada uno, en la Universidad Nacional, sede de Medellín.

Al lado de los frescos, tallas en madera y en mármol, y esculturas en bronce, conservo grandes colecciones de los cartones de los dos mil metros cuadrados de mis frescos, de cuatrocientos a quinientos

grandes acuarelas, y otro tanto de pequeñas, lo que constituye en una obra original la creación de mi Casa Museo, excepcional conjunto que ya está abierto al público como Museo del Estado.

18 de julio, 1976

► Notas de artista

Algo muy grave ha pasado en nuestra patria. La medida de la tremenda destrucción espiritual, antes que todo, la comprendemos en nuestro desconcierto. Nuestra incapacidad de hallar algo firme de las pasadas creencias en las energías puras de lo que creímos ya alcanzado, logrado en nuestra sociedad, en la comunidad, en el pueblo.

De un solo golpe se destruyó un símbolo de la inteligencia. Se saltó sobre la sabiduría, y más doloroso, se quiso aniquilar el esfuerzo secular de un país por su evolución política, representada en un hombre.

Era amado este hombre por su inteligencia; indicador colombiano de nuestra estatura moral, compañero de tantos otros hombres en todas las tendencias espirituales del país. Se atacó en él a una cultura de muchos años.

La dinámica popular en la plaza pública, el amor de las grandes concentraciones populares, tan bello en el pueblo colombiano, ha sufrido el primer asalto. El gran sentido plástico de las inteligencias de los hombres de estado colombianos se sometió a prueba: o se vivifica y engrandece ante el dolor del grandioso orador muerto, o comenzó ya la decadencia de uno de los aspectos más bellos de la vida democrática de la República y esto nos sobrecoge. Cuarenta años de reuniones rumorosas en las plazas colombianas, nos habían enseñado de júbilo; las manifestaciones públicas son un patrimonio de todo el continente americano. Creímos en la amistad humana, en el respeto mutuo ante las ideas.

Largo y doloroso es el camino para llegar a amar al pueblo. Es un ineludible conocerlo. Vivir con él, acercarse, sentir allí todo nuestro origen, comprender cómo todo lo poco que llevamos por dentro lo debemos a él, suma de experiencias felices en ciento cincuenta años de país unitario.

Nuestro pueblo es muy variado. Y más bellamente se percibe por ello su porvenir. El crecimiento es paralelo en el país, una unidad espiritual, crecen sus regiones ante el común respeto.

Pero muy pocos hombres han podido estar presentes en todas las ciudades a orillas de los dos mares, en las capitales, en el pueblecito lejano. Es la movilidad de los libertadores, son dones legendarios de los héroes patrios que escasamente se repiten.

Y ¿cómo es posible que hayamos pisado ese borde liso de una tragedia espantosa, sangrienta, del Estado colombiano?

Mucho nos había enseñado el sociólogo, el amoroso del pueblo, el apasionado artista de un país.

Y de un solo tajo se ha querido quitarnos ese ideal secular. ¡Quedamos oprimidos! ¡O no éramos nada y estamos en disolución!

Miedo teníamos de ver la sangre de los colombianos. Cincuenta años de paz habían rejuvenecido nuestros corazones, resueltos a la lucha sin armas por crecimiento y nuestro firme porvenir. ¡No estamos en guerra! Grandes manchas quedaron en muchos lugares desolados de la República. Desde lejos son más visibles aquellos inexplicables errores y locuras.

El amigo de la ley sintió espanto, quiso luchar por cancelar la posibilidad de mayores dolores. En nuestra alma de colombianos quedará unido a la bella historia de la libertad heroica de nuestra patria.

¿Cómo son posibles esas destrucciones en nuestras débiles ciudades? Destruir escuelas, capillas, la obra de largos años. El más bello

esfuerzo de todos los hombres de distintas políticas colombianas en muchos años, la ambición a construir, edificar habitaciones para todos, escuelas, universidades, hospitales, arquitectura nueva, ideal que buscó afanosamente el hombre universitario, el amigo del pueblo, con los hechos; los barrios, la habitación, la universidad construida.

Nos colocamos ante las ciudades quemadas, destruidas. ¿Dónde pudo nacer esa locura? Allí en ese lejano barrio pobre, insalubre, abandonado, donde un pueblo entristecido y enfermo acumula desprecio y dolor ante su familia en disolución. Concentra candentes odios contra los que ni siquiera quieren mirarlo en su miseria. En ese anillo amplio de empobrecida gente nacen las más incomprensibles fuerzas de destrucción. Pocos colombianos han logrado mirar en aquella desoladora y temible zona de la vida social de Colombia. Pocos han sentido la posibilidad de transformarla. Fue el doctor Gaitán quien sí comprendió todo el espantoso caos y sabía cómo debía hacerse para remediarlo rápidamente.

La intranquilidad es permanente: solo el esfuerzo continuo de todos, la seguridad de que poderosos caracteres que por segunda vez lograron defender la patria ante el abismo de su destrucción espiritual y material saben bien qué debemos hacer y cómo la reconstrucción material debe ir paralela a la espiritual y a la social. Aquellas naturalezas belicosas en todas partes de la República que no se sienten constructoras deben retirarse a tiempo, guardar sus feas armas, dejar el campo a los espíritus creadores en quienes aún anida la capacidad de amistad humana.⁴

⁴ Pedro Nel Gómez. Notas de un artista, en: Jornada, Medellín, 1948, Biblioteca Giuliana Scalaberni, Centro de Documentación, Documento 0-9.



- Pedro Nel Gómez con José Raúl Jaramillo Restrepo, quien para el momento de la entrega del título era el vicerrector administrativo del claustro. Foto cortesía de José Raúl Jaramillo Restrepo. (s. f.).



- Gerardo Molina con Jaime Jaramillo Panesso. La foto no corresponde con el discurso de entrega del título y, en esa medida, cabe anotar que la ceremonia de entrega se realizó en la casa del profesor, en la ciudad de Bogotá, porque, según datos de fundadores, el doctor Molina temía por su seguridad en Medellín, dado el contexto de la época. Archivo institucional. 1989.

Gerardo Molina

Intelectual, educador y político colombiano (Gómez Plata, agosto 6 de 1906 - Bogotá, marzo 29 de 1991). Uno de los principales ideólogos del socialismo democrático colombiano.

Las universidades deben esforzarse porque sea una realidad la educación permanente, a efecto de que los jóvenes, por los hábitos de estudio adquiridos, sigan
« ensanchando su saber. Los planteles superiores harían bien »
en organizar cursos de actualización de conocimiento, a fin de que retornen a las aulas, cada cierto tiempo, los profesionales que lo deseen.

► Ustedes sabrán comprender y excusar mi optimismo

Intervención del Dr. Gerardo Molina con motivo del otorgamiento del doctorado Honoris Causa en Humanidades, por parte del Consejo Superior de la Universidad Autónoma Latinoamericana, 15 de septiembre de 1989.

En nombre de mi familia y en el mío, les doy la bienvenida a las autoridades de la Universidad Autónoma Latinoamericana de Medellín, doctor Jorge Iván Carvajal S., presidente del Consejo Superior, y a su distinguida esposa; al doctor José Raúl Jaramillo R., vicerrector; al doctor Álvaro Ochoa M., secretario general; y a la señorita Liliana Marín P., representante de los alumnos de Derecho en el Consejo Superior Universitario.

Todos lamentamos la ausencia del rector, doctor Jairo Uribe Arango, y hacemos votos por su rápido restablecimiento.

Saludo igualmente al doctor Marco Palacios, ex rector de la Universidad Nacional de Colombia y actual Director del ICFES, y a su señora; al doctor Jorge Enrique Molina, rector de la Universidad Central; al profesor Ricardo Sánchez, decano de la Facultad Nacional de Derecho; al doctor Guillermo Hernández Rodríguez, ex consejero de Estado y ex embajador en la Unesco, y a su esposa; al doctor Luis Carlos Pérez, ex rector de la Universidad Nacional, ex magistrado de la Corte Suprema, profesor y tratadista; al doctor Carlos Jiménez Gómez, ex procurador general y jefe del movimiento político Colombia Unida, y a la señora de Jiménez Gómez; al doctor Hernán Guillermo Aldana, magistrado de la Corte Suprema y profesor; a la doctora Consuelo Sarria, consejera de Estado; al ilustre historiador y catedrático Alvaro Tirado Mejía y a su esposa; al eminente hombre de ciencia Mauro Torres y señora; a la doctora Luz Elena Zabala, ex directora de

Extensión Cultural de la Universidad de Antioquia y ex asesora del Ministerio de Educación; al historiador y profesor Darío Acevedo, y a su señora; al doctor Gonzalo Cataño, profesor y sociólogo.

Amigos todos:

Con emoción recibo de usted, señor presidente del Consejo Superior, el título de doctor *Honoris Causa* en Humanidades que me confiere la Universidad Autónoma Latinoamericana de Medellín. Aumenta mi confusión y mi gratitud el hecho de que ustedes, antes que a mí, sólo le han otorgado la misma distinción al inolvidable artista Pedro Nel Gómez y al esclarecido escritor nicaragüense Ernesto Cardenal.

La Universidad Autónoma Latinoamericana cumple hoy justamente veintitrés años de fundada. Yo registré con júbilo su aparición, porque sabía que todo la predestinaba a ser un santuario del pensamiento libre. La he visto crecer y conquistar puesto relevante en el país, y desde luego me siento unido a ella con cemento de corazón.

Todavía no veo claras las razones por las cuales ustedes me dispensan semejante honor. Tal vez por ser uno de los sobrevivientes de la generación que actuó en dos épocas de la universidad colombiana, la vieja y la nueva. En la época anterior a mil novecientos treinta, la ciencia era una entidad remota, inaccesible, por lo cual la palabra investigación carecía de sentido. El concepto de cátedra libre era también desconocido, y se practicaban discriminaciones como la de prohibir la enseñanza de doctrinas como el marxismo y la de la evolución. La calle, la sociedad que nos rodeaba, el mundo con sus tumultos, era totalmente ajeno a los claustros, y las diferentes formas de protesta juvenil eran reprimidas en nombre del sacro principio de autoridad.

Pero algo empezaba a romper esa atmósfera. La Federación Nacional de Estudiantes, en los años veinte, sostenía que ya era tiempo de pensar en otra universidad, en función del país que se veía venir. Al

mando de la Federación estaban en Bogotá, entre otros, Carlos Lleras Restrepo y Germán Arciniegas, y en Antioquia Alberto Jaramillo Sánchez. Ellos ponían como ejemplo el caso de los muchachos de la Universidad de Córdoba, Argentina, quienes en mil novecientos dieciocho habían llevado a término un movimiento, con repercusiones en toda la América Latina, centrado en reivindicaciones como éstas: autonomía universitaria, libertad de cátedra y de investigación, establecimiento de seminarios como núcleos de trabajo, participación de profesores y de alumnos en el gobierno de las casas de estudio, lucha contra el imperialismo y en defensa de las riquezas naturales.

Algunos de los jóvenes que en mil novecientos veintisiete iniciamos la carrera de Derecho en Medellín, trabajamos en la Seccional Antioqueña de la Federación de Estudiantes y así se fue constituyendo un ambiente favorable a la reforma.

A partir de mil novecientos treinta el paisaje político y cultural empezó a cambiar. En mil novecientos treinta y cuatro llegó a la Presidencia de la República Alfonso López Pumarejo, un hombre que no tenía título profesional alguno, pero que como jefe de Estado, el más clarividente de este siglo, se dio cuenta del rol de la universidad en un país en formación. Él vio que el proceso de industrialización en que habíamos entrado exigía que preparáramos aquí, no en el extranjero, los técnicos y expertos indispensables. Vio que las capas medias en gestación no se satisfacían con que sus hijos no pudieran ir más allá del bachillerato. López vio también que el Estado intervencionista que proponía demandaba especialistas en Administración, en Ciencias Económicas y Políticas. Bajo su conjuro, se dictó en mil novecientos treinta y cinco la ley reorgánica de la Universidad Nacional, como arquetipo de la universidad colombiana.

La vida ha sido conmigo generosa casi siempre, y por eso, después de haber abogado como alumno en defensa de la reforma uni-

versitaria, tuve entonces la satisfacción inmensa de ser incorporado al equipo encargado de realizarla. Ahí estaban, para mencionar sólo a algunos de los desaparecidos, Darío Echandía, Jorge Soto del Corral, Agustín Nieto Caballero y Jorge Zalamea. Fueron, de mi parte, trece años de actividad febril de mil novecientos treinta y cinco a mil novecientos cuarenta y ocho.

Lo primero por hacer era restablecer la unidad del plantel, disgregando en una serie de Facultades dependientes del Ministerio de Educación. Para hacer efectiva esa reunificación se emprendió la construcción de la Ciudad Universitaria, combatida por muchos que encontraban difícil el acceso a ella por lo distante del centro.

Se fundaron carreras, para quebrar el sistema tradicional que no admitía sino ser abogado, médico o ingeniero.

Se hizo una de las pocas revoluciones de este siglo, al abrir las puertas de la universidad a la mujer. Hasta entonces regía en todas ellas el principio implantado por Fray Cristóbal de Torres al fundar el Colegio del Rosario en la Colonia: queda prohibido que las mujeres pisen estos claustros.

Se democratizó el establecimiento al hacer efectiva en su manejo la participación de los catedráticos y de los matriculados. Y se organizó por primera vez el profesorado de tiempo completo. Se crearon los seminarios de investigación al lado de la clase magistral. Se puso en marcha la extensión universitaria, mediante los cursos para trabajadores, las visitas de asesorías a los barrios y la publicación de libros y revistas.

Se le dio a la universidad un sentido realmente nacional al fundar dependencias en Medellín, Manizales y Palmira. Y se proveyó al bienestar de los alumnos por medio de las cafeterías, de las residencias y los campos de deporte. Y se atendió a la salud de aquellos, de los profesores, de los empleados y de sus familias a través de la Caja de Previsión de la Universidad.

Muchas cosas quedaron por hacer. Por fortuna se han sucedido grupos de dirigentes que han continuado modernizando los centros de estudio.

Entre los problemas de hoy, cito algunos para terminar: las universidades del país necesitan ampliar las posibilidades de seguir estudios de posgrado, como manera de que los egresados se inserten con más facilidad al mercado de trabajo y de multiplicar el número de investigadores y, por tanto, de profesores.

Las universidades deben esforzarse porque sea una realidad la educación permanente, a efecto de que los jóvenes, por los hábitos de estudio adquiridos, siguen ensanchando su saber. Los planteles superiores harían bien en organizar cursos de actualización de conocimiento, a fin de que retornen a las aulas, cada cierto tiempo, los profesionales que lo deseen.

La institución del profesorado de tiempo completo, básica en la universidad contemporánea, está desvirtuada hoy entre nosotros, por el hecho de que el personal docente, que tiene ese carácter, se ha burocratizado, y en consecuencia se circunscribe a dar clases, y lo que es peor, se emplea en varias universidades para obtener un mejor salario. Defender esa institución, a base de adoptar una real carrera del profesorado, de igualar los sueldos en los diversos establecimientos y de lograr entre estos acuerdos serios para impedir deformaciones, es un imperativo inaplazable.

Ante la importancia actual de la tecnología es apremiante que nuestros investigadores se consagren a adaptar las conquistas logradas en las naciones de más desarrollo. La tecnología es uno de los instrumentos de dominación en estos tiempos, pues de ella se valen las metrópolis para imponer al tercer mundo sus modos de actuar. Dentro de los planes de integración latinoamericana, se podrían crear institutos por parte de varios países para capacitar el personal que

necesitan, como la explotación de recursos naturales, la salud, la industria agropecuaria, la defensa del medio ambiente, etc.

Señores dirigentes universitarios: hay que preparar a los educandos para que actúen dentro de un mundo que va hacia la unificación económica, política y cultural. Por el momento se trata de insertar a las nuevas gentes dentro de bloques continentales, porque las naciones aisladas contarán cada día menos. La tarea nuestra es contribuir a darle unidad a la América Latina y el Caribe, para que sea creación de los pueblos, no de las multinacionales.

Finalmente, a los jóvenes hay que inculcarles la convicción de que les tocará vivir en un planeta de alto riesgo. Los científicos anuncian para dentro de quince o veinte años una dramática escasez. Escasez de alimentos, de agua, de combustibles, de minerales y maderas. Por la destrucción de los bosques y por el calentamiento de la tierra, el desierto seguirá avanzando. Y nadie puede predecir lo que acontecerá, si la capa de ozono que nos protege del sol sigue en peligro de ser destruida por los gases que emanan de la industria. Hoy se habla con razón de una nueva tabla de Derechos Humanos, uno de los cuales será el derecho a un medio ambiente sano y equilibrado. Es de esperar que nuestros descendientes, con la ayuda inagotable de la ciencia y de la técnica, sepan encarar el hostigamiento de una naturaleza implacable y de una organización económica defectuosa.

Hoy los colombianos estamos en guerra. Debemos ganarla, porque sería aberrante que la patria quedara en manos del narcotráfico, del terrorismo, del sicariato y del fascismo. Renovemos nuestra fe en el futuro de la nación y nuestra solidaridad con Antioquia en estos días crueles. Unidos, saldremos adelante. Eso nos lo enseña la historia. La peregrinación del hombre sobre la tierra hay que entenderla como el esfuerzo de tantas generaciones que han braceado en noches de problemática aurora hasta realizar su destino.

Ustedes sabrán comprender y excusar mi optimismo. Él viene de lejos y se alimenta de variadas enseñanzas. Sin muchas filosofías, yo quiero decirles que en las jornadas oscuras que todos tenemos, me ilumina una frase tierna, ingenua, candorosa pero sabia que en una hora de abatimiento pronunció el gran Charles Chaplin: «Mañana cantarán los pajaritos».

Muchas gracias.



► Ernesto Cardenal, José Raúl Jaramillo Restrepo y Alberto Aguirre.
Foto: cortesía de José Raúl Jaramillo Restrepo. 1986.

► Discurso de Juan Guillermo Betancur

El siguiente texto fue leído por Juan Guillermo Betancur, profesor y ex decano de la Facultad de Derecho, durante la entrega del título Honoris Causa en Humanidades a Ernesto Cardenal.

Poeta: ser iluminado. Como escribió León Felipe, habla siempre desde el nivel exacto del hombre.

En el marco conmemorativo del vigésimo aniversario de la fundación de la Universidad Autónoma Latinoamericana, me corresponde en esta ceremonia, en calidad de presidente del Consejo Superior Universitario, hacer entrega a usted, poeta Ernesto Cardenal, en nombre de la institución, del grado *Honoris Causa* en Humanidades, como una exaltación por sus aportes a la poesía universal y su compromiso con las causas sociales que agobian el diario vivir de extensos núcleos de la población en esta región del continente americano, y de sus conciudadanos en particular, a quienes hacemos extensivo este mensaje.

Cuénteles, padre,⁵ que en un recinto modesto, pero lleno de calor humano, que es nuestra aula máxima, un grupo de estudiantes y de profesores, y de gente amante de la cultura, quisieron brindarle este reconocimiento sincero, porque con su palabra y con su pluma mantiene viva la esperanza de rescatar, para nuestros pueblos, el derecho a decidir la manera de vivir, e incluso de morir.

Soy hijo de Bolívar, dijo Sandino, y en carta dirigida a Froylan Turcios, manifestó que si hombres como él gobernaran estos pueblos, otro sería nuestro destino.

⁵ Se refiere a su condición de sacerdote.

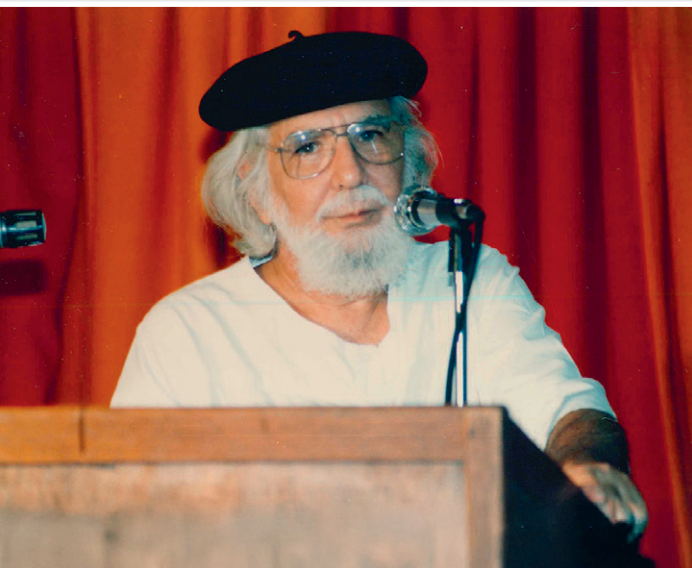
Por eso somos hermanos, porque este pueblo colombiano también es hijo de Bolívar. Hijo desagradecido, pero hijo, al fin de cuenta. Y por ser precisamente el vínculo filial de padre a hijo el que mayores indulgencias prodiga, el Libertador, ya enfermo, desde Caracas, manifestó: «mi espada y mi corazón siempre serán para Colombia, y mis últimos suspiros rogarán al cielo su felicidad».

Una persona muy cercana a sus afectos, y a los nuestros, compartió sus prácticas religiosas en un seminario del oriente antioqueño. Me refiero a su hermano Fernando Cardenal, quien le entregó sin condiciones su corazón a Nicaragua. A él también enviamos un saludo agradecido desde esta, desde hoy su universidad, que no admite proscripciones.

Muchas gracias.



► Fundadora Rosita Turizo Sierra, pionera de las causas feministas en Colombia. Archivo institucional. (s.f.).



► Ernesto Cardenal Fotografía
cortesía de José Raúl Jaramillo
Restrepo. 1986.

Ernesto Cardenal

Poeta, escritor, escultor y sacerdote nicaragüense. Luchador de las causas sociales y políticas de América Latina. Ministro de cultura, primer gobierno de la revolución sandinista (Granada, Nicaragua, 20 de enero de 1975 – Managua, Nicaragua, 1 de marzo de 2020).

« Nuestra única meta en el año de la cultura es la
democratización de la cultura, que la cultura sea por
igual, patrimonio de todo el país, que sea absolutamente
democrática, así entendemos que la cultura es igual a la
revolución, que la revolución es igual a la cultura, que el pueblo
es la nueva cultura, que la nueva cultura es el pueblo. »

► Por revolución se entiende en Nicaragua la conjunción de Sandino y Darío

Discurso del poeta Ernesto Cardenal en la ceremonia de recepción del doctorado Honoris Causa en Humanidades que le confirió la Universidad Autónoma Latinoamericana. Medellín, 16 de septiembre de 1986.

Agradezco profundamente este honor que me han conferido y que no merezco. Más apropiado hubiera sido que me hubieran nombrado, en vez de doctor *Honoris Causa*, alumno *Honoris Causa*, sin que esto tampoco lo merezca a carta cabal. Agradezco en primer lugar este honor por provenir de esta Universidad Autónoma Latinoamericana, dedicada especialmente a brindar formación académica y también por provenir de Medellín, ciudad amada, muy amada por mí, muy transitada por mí durante varios años con inolvidables amigos y con Medellín, Antioquia muy amada por mí, muy en el corazón, lugar de mucha enseñanza en mi vida, y al decir Antioquia puedo decir también todo Colombia.

Considero que este honor que ustedes me confieren no es para mí sino para mi pueblo y en nombre de mi pueblo lo recibo y así puedo decir que se confiere a quien ciertamente sí lo merece, por lo mucho que ha sufrido y aún sufre, por lo que este pueblo defiende, por lo que este pueblo ha creado, una creación muy original suya: su ¡Revolución! Revolución: ésta es la palabra que más se oye en Nicaragua actualmente y no es sólo una palabra sino un hecho, un hecho que ha transformado el país, un cambio de mentalidad y el comienzo de la creación de una sociedad nueva, de personas nuevas.

El enseñar gratis en las zonas de guerra, el hacer campañas voluntarias de salud, el trabajo voluntario sin ninguna paga, que hace el

nicaragüense y muchos extranjeros que llegan a Nicaragua a hacerlo. Todo eso significa ¡Revolución! El padre Camilo Torres había descrito la revolución como tarea cristiana y sacerdotal, también el mismo padre Camilo Torres había dicho que la revolución era «la caridad eficaz».

La Iglesia Católica en Cuba no entendió esto. Tal vez ahora. En este año, en el mes de febrero del ochenta y seis hemos visto la transformación de esta Iglesia Católica cubana en el Encuentro Eclesial Nacional Cubano, en el cual algún documento expresa: «La sociedad socialista nos ha enseñado a dar por justicia lo que antes se daba por caridad» y creo que esto es otra manera de decir lo que decía el padre Camilo Torres, que «la revolución es la caridad eficaz». Una frase que mucho repite nuestro pueblo, una consigna, es «entre cristianismo y revolución no hay contradicción». Muy exacto esto, pero a mí me gusta más incluso, lo que vi pintado, una pinta en la pared de una casa que decía: «Cristianismo y revolución son iguales». No sólo no hay contradicción, pues son iguales. La campaña de alfabetización, por ejemplo, significó la confraternización del país, los jóvenes muchachos y muchachas de las ciudades fueron a las zonas rurales a convivir con los campesinos por varios meses, a comer como ellos, a dormir como ellos, a trabajar con ellos y los campesinos llegaron a llamarlos hijo o hija a estos muchachos y muchachas y ellos al campesino o campesina papá o mamá. Al terminar la campaña, algunos no querían volver del campo; otros volvieron a estudiar alguna carrera universitaria que les sirviera para volver al campo, ya como profesionales.

Un joven al que se le preguntó qué había sido esa experiencia para él, dijo: «Una experiencia tan linda, que no volveré a tener jamás en mi vida»; creo que sí hay oportunidad para que siga teniendo otras experiencias en su vida.

Esta alfabetización que se hizo en cuatro lenguas: en español, en la lengua de los indios miskitos, en la lengua de los indios sumus,

en la lengua inglesa, para la población negra de la Costa Atlántica, significó que un país que tenía antes más de la mitad de su población analfabeta la redujera al doce por ciento, es decir, la mitad de los nicaragüenses alfabetizaron a la otra mitad, y podríamos citar también como otro ejemplo el de la creación del servicio médico gratuito para toda la población, igual para ricos que para pobres, y la campaña de salud para erradicar la malaria, por ejemplo, y otras enfermedades endémicas, la erradicación de la polio, ya cuatro años con cero casos de polio y ésta era una epidemia anual que aterrorizaba a las madres todos los años. La vacunación de los niños en todo el país, que se hace anualmente y que la hace la misma población, todo el pueblo vacunándose a sí mismo, hasta que no quede un solo niño sin vacunar.

Los seguros también nacionalizados para que no fueran patrimonio nada más de unos pocos financieros, sino de todo el pueblo y la tierra repartida, la devolución de las tierras, llamamos nosotros. Miles de cooperativas y miles de viviendas campesinas, para los que reciben esas tierras con clínicas y dispensarios y tierras igualmente también para los individuos que no quieren cooperativizarse. Antes, el cinco por ciento de la población tenía la mayor parte de la propiedad y disfrutaba del cuarenta y cinco por ciento del producto interno bruto, dos mil personas tenían el cincuenta por ciento de la tierra y, ahora, los datos son exactamente al revés. Pero sobre todo por encima de todos estos logros el más importante de todos, el de la liberación: un pueblo dueño de su destino y con el derecho, ahora, de dirigir su historia y también, sobre todo, un pueblo ahora solidario, con compañerismo y con fraternidad, cumpliendo el mandamiento cristiano del amor al prójimo.

Esta revolución ha hecho transformaciones profundas en lo material y también en lo espiritual, una revolución con algunas características originales, nuevas, por ejemplo, la del pluralismo político,

con partidos políticos de oposición, partidos de derecha de oposición, partidos también más de izquierda o de ultra, izquierda también de oposición, con economía mixta, y una revolución humanista que comenzó aboliendo la pena de muerte. El general Torrijos le decía a un periodista: «están haciendo una revolución con *Habeas Corpus*, fíjese usted, qué cosa». Una revolución con perdón al enemigo. El comandante Tomás Borge, nuestro ministro del Interior, ha recordado muchas veces las palabras de Carlos Fonseca, el fundador del Frente Sandinista, que le decía a los compañeros: «Si un soldado de la guardia nacional cae prisionero, no sólo deberá respetarse su vida y dignidad, sino que es preciso tratarlo como a uno de nuestros propios hermanos. Preferible es pecar de generosos, y no de rigurosamente justos», y así tenemos el caso del comandante Tomás Borge, ahora como ministro del Interior después del triunfo de la revolución, visitando una cárcel se encontró allí con uno de los que lo habían torturado cuando él estuvo preso, y cuando tuvo quinientas horas de tortura. Reconociéndolo a su torturador, entonces le dijo: «Te reconozco, me voy a vengar», y entonces le extendió la mano, le dio la mano y le dijo: «Esta es mi venganza: te perdono». El mismo Tomás Borge ha dicho: «Son tan dignos de amar los hijos de los héroes como los hijos de sus asesinos», y así se les trata a los hijos de los guardias somocistas.

Es una revolución que también se caracterizó por el inmenso apoyo popular, naturalmente que toda revolución tiene que tener una base popular, pero allá se hizo con el apoyo absoluto de todas las capas sociales y de la ciudad y del campo. Fue la población entera la que realizó la revolución y por esto mismo también podemos decir que ésta es otra característica original de la revolución: que es una revolución con el apoyo masivo de los cristianos. Siendo una revolución con un masivo apoyo popular, siendo Nicaragua un país eminentemente católico, pues es una revolución con el apoyo masivo de los católicos

y también de la comunidad protestante, que es una minoría, no tan minoría. Y tenemos no solamente sacerdotes en el gobierno, algunos en puestos muy importantes, muchos otros en otros puestos del gobierno, pero además de sacerdotes una gran cantidad de seglares católicos y militantes, hombres de iglesia y de oración que están en altos cargos en el gobierno, en la diplomacia, en el gabinete: más de la mitad del gabinete está compuesto por católicos militantes que por no católicos. El vicepresidente de Nicaragua, Sergio Ramírez, la otra vez decía: «Se diría que el gobierno Sandinista es un gobierno clerical si no fuera porque es un gobierno revolucionario».

Ciertamente no hay un gobierno en el mundo que tenga de ministro de Relaciones Exteriores a un sacerdote misionero y como ministro de Educación a un sacerdote, como encargado de la cultura del país otro sacerdote, como encargado de la planificación económica del país otro sacerdote, etc. También una característica original, podríamos decir, de la Revolución de Nicaragua es la participación de la juventud en ella, naturalmente que toda revolución es principalmente de los jóvenes y, aún, de los niños en las barricadas. De allí que el pueblo a los combatientes sandinistas los llamó los muchachos; aun los altos dirigentes eran realmente muy jóvenes y los combatientes eran de dieciséis años muchos de ellos, de catorce años, de trece años; hemos tenido un héroe y mártir que fue un líder infantil de nueve años, que agitaba en las escuelas de primaria, y la Guardia Nacional lo asesinó pegándole un tiro en la cabeza y pasando después un jeep sobre su cuerpecito; tenemos un niño, la mascota, de doce años, que en un tiempo fue la persona más buscada por la Guardia Nacional en todo el país, hasta que lo encontraron escondido en una caja de un mercado, y allí lo asesinaron. También es una característica de esta revolución la participación muy especial de la mujer, igual que la del hombre, muchas mujeres presas, muchas mujeres torturadas, muchas

asesinadas, muchas ayudantes de la guerrilla y muchas otras guerrilleras, y muchas otras comandantes guerrilleras. El rango de comandante en la guerrilla equivale al rango de general; debemos decir de un buen número de mujeres que son generales en Nicaragua; algunas eran jefes de columnas de más de cien hombres a quienes mandaban al combate y tal vez hacia la muerte. Se dio el caso de una mujer que mandó hacia el combate a primera fila a su hijo y una joven comandante de veintitrés años, Dora María Téllez, fue la que liberó el primer territorio de Nicaragua, liberó la ciudad de León, la segunda ciudad después de Managua, y otra mujer comandante, la joven comandante Mónica Baltodano liberó la siguiente ciudad en importancia después de León, la ciudad de Granada: el jefe de la fortaleza de la Guardia cuando supo que tenía que entregar la ciudad a una mujer, creyó que se estaban burlando, pero después se enteró que no, que era en serio; la participación de los niños de que hablaba es también como un efecto de la participación de la mujer, que muchas veces el niño era por su madre que participaba en la revolución.

Durante los días de la insurrección, mi hermano Fernando Cardenal estaba en una reunión clandestina, en un pueblo de Nicaragua, y allí pidió la palabra un niño como de nueve años, y era para preguntar cuáles eran las tareas revolucionarias que los niños de verdad podrían hacer; siendo tan pequeño el niño, mi hermano no sabía qué responder, estaba reflexionando, y una señora se levantó y pronunció un muy hermoso discurso explicando todas las cosas que un niño a esa edad podía hacer por la revolución; al salir del mitin, mi hermano se enteró de que la señora que había hablado era la madre de ese niño. Tenemos nosotros en cuanto a la cultura, que no es un área más de nuestro desarrollo sino que lo engloba todo: lo económico, lo social, lo político, la educación, la salud; esa campaña de salud, por ejemplo, de que hablaba, erradicación del polio o la vacunación de los niños

de todo el país, movilizaciones hechas por toda la población, son un cambio de mentalidad, es la creación de una sociedad nueva, es un cambio cultural, significa una nueva cultura, unas nuevas relaciones entre nosotros, la cultura del compañerismo y del amor. Tenemos que el triunfo de la revolución, y precisamente por esto mismo ha habido un gran renacimiento cultural, un florecimiento en todas las artes, música, teatro, poesía, danza, folclor, artesanía y, esto principalmente, creación espontánea del pueblo como las casas culturales que se han multiplicado en el país y que han sido principalmente por iniciativa del mismo pueblo, un aprecio que antes no teníamos por todo lo nuestro, nuestro folclor, nuestra artesanía, nuestras comidas y bebidas, nuestros locales que antes estaban despreciados, durante el somocismo, y en decadencia y perdiéndose.

Nuestra única meta en el año de la cultura es la democratización de la cultura, que la cultura sea por igual, patrimonio de todo el país, que sea absolutamente democrática, así entendemos que la cultura es igual a la revolución, que la revolución es igual a la cultura, que el pueblo es la nueva cultura, que la nueva cultura es el pueblo.

Tenemos estas palabras de un comandante guerrillero actualmente ya con el rango de general del ejército, a los intelectuales y artistas, hablándoles: «la poesía», decía, «la música, la danza, la pintura, la artesanía en todas sus manifestaciones, la fiesta, la recreación, los centros para pasear, los museos, la construcción de nuevos parques son también manifestaciones de la lucha contra el enemigo imperialista, son también elementos que ayudan a cuestionar a nuestro pueblo, elementos que ayudan a lograr una mayor identidad nacional». Y en ese sentido no es difícil entender por qué los hombres que luchan, los hombres que aguantan tantas penalidades, que pasan tantos sufrimientos, puedan además de eso tener tiempo y ganas para hacer poesía, por ejemplo. Este comandante Hugo Torres por cierto es poeta,

muy buen poeta, le hemos publicado su poesía y un importante poeta, maestro de todas las generaciones. En Nicaragua, José Coronel Urtecho ha escrito recientemente: «Por la revolución se entiende ahora a Nicaragua como la conjunción de Sandino y Darío»; en relación con ellos se registra el hecho cada vez más notable de la identificación de los poetas y los guerrilleros en la revolución, porque no sólo algunos comandantes de la Revolución han escrito poemas sino que todos son de algún modo poetas como lo fueron o lo son todos los guerrilleros, los héroes y mártires, los oficiales y soldados del Ejército Popular Sandinista, los de la Policía Sandinista, los milicianos y los militantes, los intelectuales y los maestros, hombres y mujeres, jóvenes y niños sandinistas y los obreros y campesinos de las organizaciones de masas y los sindicatos, los que asisten o no a los talleres de poesía, pero de todos modos viven la poesía de la defensa y la producción, todos poetas, todos los que realmente son nicaragüenses, todos los sandinistas, los que pelean todos los días en la frontera defendiendo a Nicaragua de la agresión imperialista. Esta es la revolución que la potencia económica y militar más grande del mundo se empeña en destruir, ¡que ha jurado destruir!

El costo de la agresión no se podrá calcular nunca, ni siquiera el costo económico. Se puede calcular cuánto cuesta un barco de pesca hundido, pero el costo de lo que ese barco dejó de pescar, ¿quién lo sabe? ¿Se puede calcular el costo de un puente dinamitado, pero el costo de todo lo que dejó de pasar por este puente? Podemos decir cuánto es el costo de un motor de una mina de oro destruido, pero el costo de la paralización de una mina de oro y el costo de la muerte de un joven, de una muchacha, de un niño, de cualquiera, nadie lo puede calcular sino el cielo.

Días difíciles son los que vivimos por esta agresión que es militar, diplomática, económica, ideológica también, días difíciles pero

escuchamos la voz de Isaías, pregona él: «Dice Dios que te quiere, pobrecito azotado por los vientos, yo te voy a edificar en justicia, te cimentaré con firmeza, el que te ataque se estrellará contra ti, ningún arma que te arrojen tendrá éxito»; creemos también firmemente en esta profecía de Isaías: «Lo ha jurado Dios, tus enemigos no comerán de tu trabajo, los que lo cosechen serán los que comerán, abran un camino al pueblo, reparen los caminos limpiándolos de piedra, para que pasen ellos». Creemos también en esta profecía: «Los pobres se van a alegrar, los más pobres tendrán de nuevo alegría porque es que se habrán acabado las injusticias y así lo hará Dios: consumirá definitivamente la muerte y enjugará las lágrimas de todos los rostros».

Muchas gracias.



- Foto de esquina superior izquierda: Amparo Saldarriaga y Federico García Posada. Foto de esquina superior derecha: Rodrigo Arango, Federico García, [dos personas no identificadas], Jaime Ochoa y Luis Antonio Restrepo. Foto de esquina inferior derecha: Edgar Ramírez, [persona sin identificar], Jaime Ochoa. Foto de esquina inferior izquierda: adelante, Rodrigo Arango, Jaime Ochoa y Jorge Alberto Naranjo. Archivo institucional. 1987.



► Federico García Posada.
Foto cortesía de su hijo
Federico García Arjona. 1987.

Federico García Posada

Filósofo, historiador, educador. Magíster en Educación de la Universidad de Antioquia. Fue decano de la Facultad de Sociología de la Universidad Autónoma Latinoamericana.

No podemos aún afirmar que hayamos construido
un saber nuevo y a lo mejor nunca lo podremos afirmar.
« Es cierto, sin embargo, que nos mantenemos en un punto:
una relación específica con el saber, despojada de toda
vinculación disciplinaria que no esté a su vez dominada
por las variaciones de ese saber. »

► Los avatares de la formación sociológica

Texto del discurso leído en el acto de recepción del doctorado Honoris Causa en Sociología, otorgado por la Universidad Autónoma Latinoamericana, agosto de 1987.

Debo declarar, antes de todo, mis agradecimientos a la universidad. Recibo este título como un crédito que se me extiende y me deja en deuda, la cual públicamente reconozco hoy. No procuraré ser trascendental. Acá se están condensando los esfuerzos de mucha gente y los míos no son los mayores ni los mejores. De ello tienen la culpa la imperfección de mis actos y no los desganos de la voluntad. Tengo la tendencia a reconocer el protagonismo individual en la vida del arte o la locura, y no en la mía, por lo que prefiero pensar este hecho como un ejercicio colectivo que tiene su tiempo y su espacio. Por eso debo situar el punto de partida de mis reflexiones en este campo y el punto de llegada como un retorno.

Hubiera deseado un preámbulo bucólico que me arrullara y me dejara todo el tiempo y la energía disponibles para concentrarme con vistas a este día. Esa es más o menos la mejor idea que nos hemos hecho de la academia: un paisaje soleado y fresco, en donde el aire no sería movido más que por las voces del maestro y el alumno.

Pero esa es en definitiva una referencia mítica entre griega y salesiana inconquistable, pues nuestra Universidad Pública ni en las noches puede aspirar a tal silencio atravesada como se mantiene por contradicciones que escapan a su dominio⁶. Por eso, mientras aquí

⁶ En la noche de esa ceremonia solemne, la Universidad de Antioquia, de la cual era vicerrector general Federico García Posada, atravesaba por uno de los momentos más difíciles de su historia, azotada por la violencia que era más que el preámbulo de la insurgencia paramilitar.

ahora encuentra uno la posibilidad de un descanso, allí más temprano está dominado por sentimientos desoladores de frustración. Son instantes pues donde se combinan lo dulce y lo agrio con más rapidez de la que cualquiera de nosotros quisiera.

Apenas podré iniciar un repaso, el que aspiraba a llevar más adelante. Veamos:

1. La construcción de una escuela es el proceso de cristalización de un propósito. Tiene vitalidad y ánimo en tanto se mantenga a distancia de la meta o, lo que es mejor, en tanto vaya produciendo a cada paso su objetivo sin darlo nunca por terminado.

Decir «hemos llegado», es también decir que hasta acá era escuela y en adelante será secta, que hasta hoy se aprendió y en adelante solo se enseñará. No podemos aún afirmar que hayamos construido un saber nuevo y a lo mejor nunca lo podremos afirmar. Es cierto, sin embargo, que nos mantenemos en un punto: una relación específica con el saber, despojada de toda vinculación disciplinaria que no esté a su vez dominada por las variaciones de ese saber.

Pero es que, además, la existencia de una escuela no es tan fácil de declarar cuando existen pocos o ningún término de comparación. Hasta hace unos años tenía alguna eficacia para efectos de clasificación en uno u otro bando académico la adscripción a veces voluntaria pero casi siempre forzada a la línea francesa, a la norteamericana o a la alemana.

Antes el corte era mucho más brusco, pedestre, pues sometía a nuestra siempre incipiente comunidad académica al dualismo entre primitivo y teológico de lo diestro y lo siniestro, y apenas si había una débil franja situada para esos años en el purgatorio estructuralista, aun cuando en esencia tampoco fuera esto último, pues allí estaban asociados en las costumbres curriculares los agentes de discursos en

realidad subversivos de esa división del mundo, tan ingenua como el soldado ruso, mostrado por John Reed, que no se cansaba de repetir la cosmogónica visión integrada por dos mitades opuestas: idealismo y materialismo. Solo que la de éste incendió el alma de una nación y aquella, la nuestra, algunas cosas menores.

Pero decía que esa franja contribuyó a disolver la representación dominante del espacio universitario, no tanto porque cada uno de sus lugares estuviera ocupado por un nombre —pues había cierta ubicuidad, para unos, más fruto de la circunspección, para otros más de la presión moral, para algunos, en fin de un calculado fatalismo— no porque cada lugar, decía, estuviera ocupado por un nombre, cuanto por ser ese espacio la única alternativa posible para ejercer la militancia del espíritu. Dos distintos procedimientos se pusieron entonces en práctica para adelantar ese programa de disolución: Ascéticos y parabólicos.

La ascética consistió en una especie de alejamiento de las disputas y en la construcción simultánea de pequeñas ermitas dispersas en ese campo: hubo entonces lugar para la poesía sin pretensiones panfletarias. Para la crítica literaria y la literatura misma, de pronto retornaron los nombres proscritos de Max Weber, Rousseau y Durkheim, y la lectura un tanto medieval de Marx, reconozcámoslo, pues consistía en rumiarlo. Era algo así como una sustracción de cargas y su utilización en tareas diferentes, escurriéndole el bulto a lo que se consideraba por unanimidad como orden del día.

De la eficacia del procedimiento dan prueba los ataques a esos intentos, con el argumento de que eso era enajenación. Eficaz era, porque si hubiera sido inocuo, ninguna preocupación debería haber suscitado. Es decir, había el intento contrario por recuperar esas cargas en tránsito.

La parábola, por su parte, era un examen comparado de las prácticas y los decires a la luz de saberes que de no haber sido por el empleo preferencial que de ellos se hizo, bien podrían haberse movido en el terreno de la ascesis. Me refiero particularmente al psicoanálisis, la etnología y la historia, aunque bien se pudiera incluir acá a la epistemología pero ya no como historia reconstruida, sino como ejercicio del cual segregaba una ética del conocimiento.

La parábola era un modo de contar las cosas de esos días sin alusión directa al fenómeno, pero presentando materiales del campo de la religión, la psicosis, la magia o civilizaciones pasadas, desmontando los resortes míticos e inconscientes capaces de aglutinar en torno suyo las energías, que por esta vía pasaban al purgatorio.

Así pues, mientras la ascesis arrebatava cargas, la parábola las dejaba sin objeto.

Digo de dos procedimientos estratégicos y no meras actitudes, porque se inscribían en un programa pedagógico. No estaban ahí puestos desde el principio sino que fueron tomando forma mientras se operaba un proceso paralelo de construcción de hilos que iban tejiendo la identidad de cuerpo docente capaz de reproducirse, y por eso hablo de pedagogía por cooptación: no eran palabras asustadas y solas pues hubo oídos, esto es, alumnos, que enriquecieron el proyecto.

Al fin y al cabo, a ellos iba dirigido casi todo. Quiero, pues, que acá las cosas no se fueran produciendo por un reacomodo «natural» de la gente a los nuevos tiempos mediante presiones externas, ni mediante el empleo de purgas o cruzadas de pacificación como debieron vivirlos otros centros; hubo persistencia.

Si he hecho este recuento es para señalar la particularidad de este proceso, no para demostrar la existencia de una escuela, sino cómo hay esa, entre otras rutas, para formarla. Es decir, se trata de objetivar

esa experiencia para producir términos de comparación. Hay que hacerlo ante la sorprendente ausencia de una meditación continua sobre la academia en Colombia. Que recuerde, en veinte años ha habido pocas expresiones que generaran la polémica y la reflexión —de una de las mejores tenemos aquí a uno de sus autores— pero no por lo insistente y lo reiterativo que eso es abundante—, sino por lo novedoso. De resto, hemos estado sometidos al bombardeo de dogmáticos y doctrinantes sobre la universidad. Enorme contraste con otros tiempos que nos están devolviendo los historiadores de la escuela.

Se ha echado mano de algunas figuras religiosas para ilustrar el proceso, porque ellas tienen la particularidad de suscitar con claridad el sentido de un país donde el inconsciente no está estructurado a secas como un lenguaje, sino como el catecismo del padre Astete, y en donde la práctica del libre examen, cuando se intenta, se ve interrumpida al día siguiente por el arrepentimiento.

2. Así, mal que bien y por maltrecho que haya salido, el propósito parece estar andando.

Se ha ido acuñando una acepción del trabajo, que muy a la carrera podría sintetizarse con su siguiente definición comprensiva:

Ella, la Sociología, es una práctica continua del pensamiento que trata de ganarle tiempo al más veloz flujo de los acontecimientos reales ingeniándose anticipaciones o tan solo abandonando la desigual competencia para construir aparte un mundo adonde se reconstruye el sentido global o la forma de los acontecimientos, tratando de capturar en la idealidad totalizadora de la estructura o de la mentalidad, para que en una u otra quede sumergida virtualmente toda la sucesión de los instantes que construyen la realidad, aspirando incluso a veces a dar cuenta de las pulsaciones sociales más complejas —ciclos económicos, eras o civilizaciones— o las más simples como

podrían ser los ciclos del movimiento individual en el habla o en la percepción.

En ambos casos, arsenales matemáticos trataron de abarcar los dos polos del campo social, ya mediante procedimientos estadísticos que permitieran descubrir complicados espectros o fenómenos de masa, ya con el empleo de la microscopia social para desmontar la máquina en sus elementos más simples.

De esa búsqueda de regularidades se ha ido llegando al otro lado: la descripción y la suma de las irregularidades que conforman aquellas, acortando entonces las distancias entre los dos enfoques. Es decir, si alguna vez esa bipolaridad en el mundo del conocimiento, entre lo colectivo y lo individual, lo social y lo humano, tuvo eficacia, la tuvo no por haber dejado de una vez las cosas en su punto, cuanto por haber abierto un abismo que apenas si se intentó obviar con la división académica de las ciencias sociales y las humanas.

Ese abismo que siempre estuvo ahí abierto para el asombro de las inteligencias más lúcidas y el espíritu investigativo, se presenta hoy como el campo experimental de más riqueza en potencia. Algo hay de eso condensado en la intuición del Rizoma, y mucho encubierto bajo los nombres de integracionismo, sinérgica o teoría de catástrofes.

Ahorrándonos juicios de valor, deberemos reconocer en estas cosas, tal vez no respuestas satisfactorias, pero sí de todos modos un planteamiento productivo del problema.

Pero no he podido más que esbozar. Por eso suplamos por hoy recordando lo que hace casi diez años en el primer número de la *Revista Sociología* escribiéramos a varias manos:

(...) la historia de la Facultad de Sociología —una pequeña historia se dirá— ha estado agitada siempre por una tendencia dominante que en su desarrollo ha apuntado a esto último:

buscar... ha sido un andar zigzagueante... una cierta originalidad, un propósito experimental, un espacio abierto para las concepciones que asumimos como las más desarrolladas del pensamiento occidental.

Espacio o tribuna o cátedra, el solo presentir la capacidad de un discurso para mirar desde el fondo los saberes adoptados como verdaderos de oficio, hizo que esos discursos tomaran la palabra o al menos alguien lo intentara por ellos.



- Foto superior: Amparo Saldarriaga, Federico García Posada, Jaime Ochoa, Rodrigo Arango, Jorge Alberto Naranjo y Luis Antonio Restrepo. Foto de esquina inferior izquierda: Jorge Alberto Naranjo, [persona sin identificar]. Foto de esquina inferior derecha: Álvaro Ochoa, Federico García Posada, Jaime Ochoa, Amparo Saldarriaga, Rodrigo Arango y Luis Javier Robledo. Archivo institucional. 1987.



► Jorge Alberto Naranjo.
Archivo institucional. 1987.

Jorge Alberto Naranjo

Jorge Alberto Naranjo Mesa nació el 28 de febrero de 1949. Estudió Ingeniería Civil en la Facultad de Minas de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, pero no finalizó la carrera; su único título universitario fue el doctorado *Honoris Causa* en Sociología que le otorgó la Universidad Autónoma Latinoamericana en el año 1987, por su producción intelectual y académica.

« El filósofo ve de lejos, adivina desde lejos, va presto;
el hombre de ciencia acecha, mide, titubea, sólo ve de cerca,
va en andante. El filósofo, llevado por las alas de la fantasía,
presiente donde el otro calcula y racionaliza. »

› Las aguas milesias

Texto del discurso leído en el acto de recepción del doctorado Honoris Causa en Sociología que le fue otorgado por la Universidad Autónoma Latinoamericana.

1. El quehacer del filósofo

En su estudio sobre la filosofía en la época trágica de los griegos, caracteriza Nietzsche el quehacer del filósofo como una cuádruple acción que conjuga contemplar, compadecer, acechar y elevarse. El filósofo lleva consigo un hombre meditativo, un hombre religioso, un hombre de ciencias y —por sobre ellos, como su corona— un espíritu danzante, ángel o demonio. El filósofo —ese invento griego— es la fulguración de un hombre nuevo en el encuentro de cuatro viejos hombres orientales —el legislador, el sacerdote, el sabio, el poeta— de cada uno de los cuales el filósofo conserva la pasión dominante, pero reordenándola, reorientándola hacia aspiraciones antes inexistentes, con nuevas funciones por desempeñar, ya no al servicio directo de la ley, el deber, la utilidad o la belleza, sino al servicio de la pasión ahora dominante, la pasión del conocimiento.

2. El repudio de un quehacer

Pero, en la aplicación de su modelo al filosofar presocrático, a Nietzsche se le sesga toda la interpretación y prácticamente anula el papel de la acechanza en el quehacer del filósofo. El cuarteto de la pasión filosófica se convierte rápidamente en trío. Es palpable que Nietzsche no acaba de entender la integración del acechar en la filosofía presocrática. En el estudio aludido, Nietzsche establece un contraste tan marcado entre la marcha del hombre de conocimiento (es decir,

el filósofo) y el hombre que acecha (es decir, el hombre de ciencia) que parece bloqueada la posibilidad de verlos ir, alguna vez, juntos. El filósofo ve de lejos, adivina desde lejos, va presto; el hombre de ciencia acecha, mide, titubea, sólo ve de cerca, va en andante. El filósofo, llevado por las alas de la fantasía, presiente donde el otro calcula y racionaliza. Los presocráticos se hacen filósofos sin que en ello parezca participar sustantivamente el hombre de ciencia en ellos. Son filósofos al margen y aun, a pesar de ser físicos. Nietzsche llega incluso a plantear una especie de disyuntiva entre los dos hombres. En las notas de sus clases correspondientes a la época de redacción de su estudio se encuentra una consideración según la cual los presocráticos, hombres de ciencia, astrónomos, geómetras, geógrafos, navegantes, ingenieros, militares, transmisores de diversas técnicas orientales y egipcias a la península jónica, no son, por ello mismo, ni griegos ni filósofos.

3. Un descuido fatal

Estas posiciones nietzscheanas son el fruto epistemológico de un descuido fatal. Nietzsche, como hoy ya se reconoce en casi todas partes, careció de los elementos para justipreciar el valor de la ciencia. El gimnasio alemán, como bien sabemos, enseñaba más sobre las sumas teológicas o poéticas que sobre la suma a secas. Y luego, la deriva nietzscheana por la filología lo fue alejando más y más de las ciencias naturales. Durante mucho tiempo juzgó al mundo científico bajo la impresión de sus años de profesor en Basilea, tan desoladores, tan en rigor improductivos. Y cuando, tiempo después, por la época de Zarathustra, quiso estudiar física (para curarse o explicar su obsesión del eterno retorno), se lo prohibió el infortunio. Después, sin duda, escribió hermosos elogios de la física y los físicos, pero desde la distancia, sin poderse aproximar a la vida interior de una comunidad científica verdadera. Aun así, este cambio de actitud fue tardío. Por los días de

escritura de sus estudios presocráticos sencillamente no había manera, para Nietzsche, de tomar en cuenta la física como parte esencial de la filosofía de los jonios. La disyunción en que coloca al filósofo y al físico no pertenece a ellos, sino a una interpretación que no logra integrar positivamente los dos campos y soslaya ese problema desintegrándolo «por principio».

4. La salud filosófica,

Y así Nietzsche se ve obligado a pasar de largo por la experiencia científica de los presocráticos, o a tratarla superficialmente, sin organicidad, sin interacción profunda entre su ciencia y su filosofía. Más le interesa Tales y la unidad de las cosas que Tales y las aguas milesias; más le interesa Anaximandro y la existencia culpable que Anaximandro y la ley de inercia o que Anaximandro y la evolución de las especies, de los continentes y los mares; más le interesa Heráclito y el devenir que Heráclito y la termodinámica o que Heráclito y la media proporcional. Nietzsche reconoce que procede por «incomplementación», que sólo trata un pequeño número de las doctrinas de los pensadores que estudia; con tres anécdotas, dice «es posible hacer el retrato de un hombre». Sólo que las tres anécdotas, en rigor, deberían ser cuatro por fidelidad al modelo del quehacer filosófico. Sólo que, entre las anécdotas con que plasma el retrato del pensador, siempre brilla por su ausencia la anécdota del hombre que acecha, del hombre que hace ciencia. Y, en consecuencia, ya no se logra percibir que en su física encontraban los presocráticos la fuente de la alegría, de la salud filosófica que se conquistaron.

5. La prueba de la coherencia

Maxwell, en alguna parte, recomienda como criterio para juzgar una filosofía estudiar la coherencia de su filosofía natural y su trata-

miento de los conocimientos científicos. Para él, era obvio que la verdadera filosofía acarrea, inmanente, la reflexión sobre la naturaleza de las cosas, un arte de acechar, una mirada de lince; creía inevitable que la filosofía fallara si ya fallaba su parte física, y muy probable que una filosofía edificada sobre una física coherente conservara y amplificara su virtud de base en cada una de las dimensiones del quehacer del filósofo. Sobre estos presupuestos habría que basar una correcta interpretación del modelo nietzscheano, para integrar el movimiento de la ciencia en el de la filosofía presocrática, integración que Nietzsche no supo hacer. Sin el hombre de ciencia, sin su paciencia para recorrer los caminos ariscos de las demostraciones, sin aprendizaje y el hábito de articular la fantasía con el cálculo, sin la humildad aprendida en el ejercicio de procedimientos y métodos controlados y comprendidos por muchos otros hombres ya, sin la disciplina y el rigor que enseña la ciencia, el filósofo carece de facilidades para acechar, se vuelve inconsistente, pierde el alma de las cosas primero y luego, poco a poco, lo que de naturaleza hay en sí mismo.

6. Las aguas milesias

«Me parece que todo es agua, que el agua es el principio de todas las cosas. En esta aurora de mi existencia, a orillas de este mar salobre, veo levantarse el humo de los vapores, los veo elevarse en bandas lívidas, los veo hacerse aire en el aire, latencia de humedad, y aún los veo acumularse más arriba, y engrosar las nubes. Veo hacerse aires de agua. Si acecho, veré cómo el agua se hace negra, arriba entre las nubes; y veré la tempestad, y el rayo refulgente entre cascar de nubes. Y veré volver las aguas evaporadas y transpiradas en ráfagas de lluvia. Y truenos, líneas de fuego zigzagueante, ulular de vendavales. Veré hacerse fuegos de agua. En cuanto a la metamorfosis en tierra, no comparto las lecciones de mis maestros babilónicos, no creo necesario

imaginarse a Marduk tendiendo una estera sobre las aguas y acumulando después tierra. Pienso más bien en las sedimentaciones acarreadas por las aguas del Nilo hasta su delta: ¿no es así como de aguas se hacen tierras? El agua conoce la solidez, la dureza de los hielos, ¿por qué no podría condensarse más, amalgamarse más? Si, líquida, hace lo que hace con los acantilados, si aún las olas de este mar en calma son como dedos que escriben en las playas líneas siempre renovadas, ¿qué no hará, más endurecida? Por lo menos fuerza no le falta para metamorfosear la tierra: ¿por qué le faltaría para reintegrarla? El agua es el principio de todas las cosas. Océano hizo la Tierra. He oído que más al oriente de los templos de Marduk moran hombres que han dicho cosas semejantes a las mías —pero ¿tendrán también necesidad de otro Marduk? ¿de una estera para soportar el mundo sobre las aguas? Yo sólo necesito el agua y sus propiedades para concebir las cosas. Yo sólo creo en el alma del Océano diseminada a través de toda la creación. La tierra, ya formada, empaquetada en sí misma, flota, como un disco, sobre las aguas. ¿No vemos así las islas, no flota ante mis ojos Samos sobre las ondas marinas? El agua es el principio de todas las criaturas. El agua es la morada de la humedad, y de humedad se nutren los vivientes. La humedad dulcifica el calor y envuelve a lo que vive. Nosotros los mortales somos peregrinos tras del agua; una liquidez amenazante guía nuestros pasos, una liquidez inestable, a punto siempre de abandonarnos, hace que siempre en torno nuestro deba haber agua. Y si mi amigo Anaximandro tiene probado que hubo mares en lo alto de los montes, y que las criaturas del mar son anteriores a nosotros, que los seres de corteza espinosa debieron modificar su comportamiento al estallar su corteza y ser colocados en tierra —¿cómo dudaríamos de nuestra heredad oceánica, del significado cósmico de nuestra ecuanimidad? Contemplo el mar, acecho en

él, me conozco a mí mismo en el mar. Venido del Océano, yo, Tales de Mileto, sé que algún día volveré a él, como las aguas que se evaporan para mejor llover».

7. El secreto de acechar

Nietzsche, en cambio, desplaza de inmediato el significado de la sentencia de Tales, le quita su objeto. Según Nietzsche, lo que en la sentencia de Tales —«el agua es el origen y la matriz de todas las cosas»— es digno de notarse no es la fidelidad de la sentencia al ente, pues (dice Nietzsche) como proposición es absurda, sino por el contrario, «cuán violentamente procede esta afirmación contra toda empiría». A Nietzsche no le preocupan las milesias, le preocupa sobre todo un pensamiento larvado que guarda la sentencia de Tales: «es agua» se convierte para Nietzsche en «es uno». Tales contempla, acecha, descubre primeras leyes de la naturaleza, se estaciona en riberas del vasto océano, se hace físico. Nietzsche lo retrata dando un salto, un filosfal salto del agua al uno. Cabe preguntarse si Tales se reconocería en tal figura, si admitiría que se soslayara así el carácter analítico-experimental de su descubrimiento.

8. El aforismo-anécdota

Aristóteles narra en la *Política* que a Tales

le reprochaba pobreza, la cual demostraba que al parecer la filosofía no sirve de nada. Según la historia su capacidad para interpretar los cielos le permitió saber en pleno invierno que en el año siguiente habría una gran cosecha de aceitunas; como disponía de algo de dinero, depositó unas sumas reservándose el uso de todas las prensas de aceite de Quíos y de Mileto, que alquiló a bajo precio que nadie pujó contra él. Cuando llegó la época de la cosecha y había mucha necesidad de usarlas todas, las alquiló al precio que quiso y reunió mucho dinero. De este

modo demostró al mundo que los filósofos pueden hacerse ricos fácilmente si lo deseaban, pero que su ambición es de otro tipo.

Sería imposible imaginar siquiera ese actor filosófico al margen de la ciencia astronómica. Tales, de su amor a la tierra y los meteoros, de su conocimiento de los ciclos y las estaciones colas. La anécdota que narra Aristóteles bien debe ser la que brilla por su ausencia en el estudio de Nietzsche, la anécdota del hombre que acecha, del físico en el filósofo. ¿Y no es verdad que el retrato que nos transmite Aristóteles presenta un enlace orgánico entre el físico y el filósofo reunidos en Tales, un enlace fortísimo, que hace todavía más dudosa la tesis nietzscheana sobre un filósofo sin física, «más allá de la física»?

9. La razón de las cosas

Los presocráticos muestran, por su vida y por sus obras, en la dote y en el aforismo, que —al menos para ellos— llegar a la filosofía supone haber llegado ya a la filosofía de la naturaleza. Pero no se quiere atender esa lección —Nietzsche es sólo un gran ejemplo de esa desatención— pese a que, tal vez, esté en juego la salud de la filosofía. Sin la ciencia de la naturaleza, sin la objeción de objetos naturales, la filosofía se parece a un ciego gritando que la luz no existe.



► William Ospina en la ceremonia en la que se le otorgó el título de *Honoris Causa*. Fotografía de Henry Franco Mejía. 1999.

William Ospina Buitrago

Tolima, 2 de marzo de 1954. Poeta, ensayista, novelista y político colombiano. Ganó el premio Rómulo Gallegos con su novela *El país de la canela* (2008), conocido por diferentes ensayos sobre reflexión política y cultural del país: *¿Dónde está la franja amarilla?* (1996), *Lo que le falta a Colombia* (2002), *Pa' que se cabe la vaina* (2013), entre otros.

La conducta de los seres humanos no está gobernada
por la ley; la ley positiva es solo un recurso extremo
para corregir excesos e impedir abusos de nuestra libertad.

« La conducta está regida mucho más continuamente por las costumbres, por el ejemplo, por la tradición compartida. Allí donde se diluye esa tradición solo queda un recurso para la supervivencia de la sociedad y es la ética. »

› Contra el viento del olvido, o los maestros lectores

Discurso de recepción del doctorado Honoris Causa en Humanidades, septiembre de 1999.

Queridos amigos:

Cuando me retiré de la universidad, hace ya veintitrés años, para dedicarme a la escritura, no pensé jamás que llegaría el día de volver a los claustros a recibir un título universitario. Yo había tomado la decisión de vivir sin él, y, sinceramente, no lo creo necesario para la vida intelectual, aunque lo creo indispensable para la vida profesional, y muy a menudo necesario y utilísimo para la vida práctica. Supongo que esos veintitrés años que he dedicado desde entonces a la lectura, a la escritura, a los diálogos literarios, a las plácidas y ociosas vigiliadas conversadas, a los viajes y a las ficciones, les han parecido a estos generosos amigos de la Universidad Autónoma Latinoamericana, y en particular a mi querido amigo José Raúl Jaramillo, gestor de la idea, un buen equivalente de los años de estudio universitario; y supongo que los libros que con cierta incontinencia he dado a la imprenta en los últimos tiempos habrán podido reemplazar a las pruebas académicas a la hora de hacer la valoración de mis méritos. Yo no me lo proponía, y por ello agradezco, como diría Borges, al divino laberinto de los efectos y de las causas, que esta decisión generosa de la Universidad, de su Rector, de su Consejo Superior y de sus demás directivos, me convierta no solo en doctor en Humanidades, título que acepto con timidez, porque no sé si sabré ser digno de él, sino en miembro de esta comunidad universitaria, hecho que agradezco todavía más, porque los títulos pueden satisfacer la vanidad, pero el ser recibido espontáneamente como parte de una comunidad espiritual es un don

que de verdad me conmueve. Sea esta la expresión de mi gratitud, en mi nombre, y en nombre de mi familia, que está tan contenta como yo con este honor, y quiero asumirlo como una invitación amistosa a persistir en las tareas literarias, en los placeres y en los ocios a los que he dedicado mi vida. Ahora quiero leer para ustedes unas páginas sobre los libros y la lectura, y sobre el papel que esta debería cumplir en nuestra cultura.

Según cuenta Platón en el *Fedro*, un día llegó ante el faraón egipcio Tamús, Tot, el dios de los inventos. Venía a presentarle sus innovaciones y ponderó ante él la aritmética, la geometría, la astronomía, los juegos de dados y el ajedrez, para que fueran difundidos entre los habitantes del imperio. Finalmente, le presentó al faraón un invento que valoraba de un modo especial. Era la escritura. «He aquí una invención, oh rey, que hará a los egipcios más sabios y ayudará a su memoria —le dijo—. He descubierto una receta segura para la memoria y la sabiduría». Curiosamente, el faraón no pareció demasiado impresionado: «Padre de la escritura, —le dijo— en el entusiasmo de tu descubrimiento le atribuyes todo lo contrario de su verdadera función. Aquellos que la conozcan dejarán de ejercitar su memoria y serán olvidadizos; se confiarán a la escritura para traer los recuerdos a su memoria mediante signos externos, en vez de fiarse de sus propios recursos internos. Tú no has descubierto una receta para la memoria, sino para las reminiscencias». Tal vez lo más sorprendente de esta fábula es que sea Platón quien la cuente, pues sabemos que aquel sabio dedicó sus esfuerzos a salvar del olvido, mediante la escritura, las enseñanzas de su maestro Sócrates, hombre que, como Buda y como Cristo, no escribió jamás. En la obra de Platón asistimos a un complejo forcejeo entre esas dos maneras de la enseñanza, la de la palabra hablada de los maestros antiguos, y la de los textos escritos

propios de los tiempos ulteriores. Y tal vez consigna en este relato los entusiasmos del dios y los escrúpulos del rey, porque de algún modo sabe que, peligrosa o no, la escritura se impondrá como recurso para la conservación de la memoria humana, y que él está siendo uno de sus consagradores. Pero además no es inocente el que atribuya a un mero rey las objeciones y que en cambio convierta la escritura en una invención divina; allí ya hay, se me ocurre, una toma de partido. De la misma manera, en algún momento de la historia de Grecia los poemas homéricos, que habían pasado siglo a siglo de los labios a los oídos de inspirados rapsodas, conservados por la memoria en rigurosos hexámetros, fueron confiados a la escritura ante el temor de que se perdieran o se desfiguraran. Si el temor surgió, se diría que es porque algo amenazaba ya en el seno de la sociedad la pureza de esa tradición, algo estaba alterando la firmeza con que las nuevas generaciones recibían el legado de las antiguas.

Yo me atrevería a afirmar que ese algo era la pluralidad de las culturas, la convergencia en el seno de las sociedades de una diversidad de tradiciones, o al menos su proximidad. Porque seguramente lo único que permite una tradición oral sostenida e invariable es la homogeneidad de una cultura y la persistencia de una lengua; la tradición oral es típica de los pueblos largamente establecidos y a menudo encerrados en un determinado territorio. Se diría que el azar de los desplazamientos y el contacto con otros pueblos, con otras tradiciones, pone en peligro la firmeza de los recuerdos transmitidos por las generaciones, y hacen necesaria la recurrencia a un sistema exterior que fije la memoria. Ello explicaría el escepticismo del rey Tamús ante las innovaciones del dios, pero también ayudaría a pensar por qué el pueblo judío, sujeto a continuos desplazamientos y a largas y desintegradoras diásporas, llegó a ser por excelencia el pueblo del libro, por

qué llamó a ese libro genéricamente *La Escritura*, y por qué abandonó la tradición oral justo en ese momento definitivo de su historia en que emigraba de Egipto y emprendía por el desierto la búsqueda de la tierra prometida.

Ya inventado el arte de escribir, la humanidad persistió muchos siglos en la transmisión oral de su memoria, de sus tradiciones y de sus obras literarias. La escritura era asunto de los intelectuales, no de los pueblos; la lectura seguía siendo algo especializado y sofisticado frente al placer todavía hoy vigente de oír contar. Incluso podemos afirmar que toda tradición que requiriera el concurso de muchos, como la saga de los cuentos de hadas medievales, las leyendas originales del ciclo de Bretaña, o la tradición de poemas cantados de los trovadores, debía recurrir constantemente a la memorización y a la repetición en público de los textos. El modo de publicación de los poemas por parte de aquellos trovadores era su imán cantor, su juglar, que iba repitiendo por campos y castillos las canciones escritas por su amo, como nos lo recuerda Ezra Pound en su poema «Cerca de Perigord», vertido bellamente al castellano por Pedro Gómez Valderrama, donde las canciones llevadas por los juglares de castillo en castillo se convierten en los instrumentos del despecho y de la astucia del trovador dantesco Bertrams de Born para crear discordia entre los señores feudales del centro de Francia.

La aparición de la memoria escrita debió de obrar cambios desmesurados en las sociedades antiguas, pero ni siquiera el dios Tot habría podido presentir una de las consecuencias más vastas de su descubrimiento, la invención, siglos después, por parte de Gutenberg, de la imprenta; la posibilidad de multiplicar los libros hasta el vértigo y de ponerlos al alcance de incontables seres humanos. No había transcurrido un siglo desde la invención de la imprenta cuando nació

la novela moderna, que originalmente sería inconcebible sin la escritura, y que hoy es casi inconcebible sin la idea de grandes ediciones de alcance planetario. No deja de ser curioso que la primera novela considerada en verdad como tal por los estudiosos nos sea presentada como una consecuencia de la imprenta: don Quijote no habría llegado a ser el disparatado y mágico héroe que fue sin el concurso de los libros, pues, como dice Cervantes,

él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.

También don Quijote es un héroe de transición, él está pasando de la cordura a la locura en la época en que los pueblos están pasando de la memoria oral a la lectura, en que las sociedades están pasando del orden de la tradición al orden de la innovación que caracteriza a la modernidad. Qué inquietante resulta ver cómo lo asombra el que le cobren en las posadas, cuando hasta poco antes reinaba la tradición de la hospitalidad; cómo persiste en la vindicación del heroísmo generoso y desinteresado cuando se abre camino en el mundo el egoísmo de los mercaderes y la glorificación de una vida sin riesgos; cómo insiste en el culto de esas virtudes, el honor, el sacrificio, la valentía, que parecen en su época monedas salidas de circulación. La locura de don Quijote es la locura del anacronismo. Cree todavía posible ir por los caminos salvando doncellas, deshaciendo injusticias, redimiendo desvalidos,

combatiendo gigantes y afrontando el poder de los nigromantes. Pero se diría que no es don Quijote, obsesionado con la justicia, con la generosidad, con el desprendimiento, con el heroísmo, con la veneración de un amor ideal, quien ha enloquecido, sino que es más bien el mundo alrededor el que ha perdido el sentido que le conferían esas antiguas virtudes y tradiciones. Desde entonces cada día hemos visto la muerte de una tradición y su apresurada sustitución por una moda, tan evanescente como seductora. Y ya se ha llegado a pensar que tal vez lo más deseable sea pasar por la vida en un carnaval de evanescencias, sin buscar en la realidad más que un poco de confort y estímulos que aguijoneen el placer. Sin embargo otra suerte de Quijote más reciente, quien también sucumbió a la locura, aunque sería un atrevimiento afirmar que fueron los libros los que le arrebataron la razón, Friedrich Nietzsche, afirmó de un modo clamoroso que hasta la más insensata costumbre es preferible al vacío de la falta de costumbres.

Lo que los libros le revelaron a don Quijote fue la persistencia de unos principios, la perdurabilidad de unos sueños, la necesidad de sostener unas tradiciones contra el soplo de escombros de la desmemoria. Nadie menos expuesto que él a la afirmación de Schopenhauer de que la locura es la pérdida de la memoria. Don Quijote conserva la memoria de las edades heroicas, es el mundo quien la ha perdido. Por eso la humanidad lleva cuatro siglos discutiendo si don Quijote es un loco de atar suelto por un mundo normal, o si es un hombre sensato, incluso para algunos el más sabio de los hombres, en un mundo que ha enloquecido.

La escritura fue invocada cuando la memoria oral parecía insuficiente o cuando se la veía amenazada; la imprenta apareció en momentos en que empezaban a perder piso las tradiciones largamente establecidas de los pueblos de Europa. Todo esto puede parecer ahora un poco lejano para nosotros. Pero tal vez estas reflexiones tengan que

ver de un modo más directo con nuestra realidad, tal vez, incluso, tengan que ver de un modo dramático con nuestra realidad inmediata. Porque lo siguiente que hay que decir es que América, esta tierra en que vivimos y soñamos, fue descubierta (usemos todavía ese dudoso término) poco después de la invención de la imprenta. Es decir, nuestro continente irrumpe en la historia de Occidente, y la historia de Occidente irrumpe en nuestro continente, exactamente en el mismo momento en que empieza a desmoronarse la tradición de esa otra memoria, anterior a los libros impresos. Y no sólo se debilitó o se esfumó por entonces la memoria oral de los pueblos de Europa, sino que la Conquista de América representó la cruenta y salvaje eliminación de la memoria de incontables pueblos que, además, permanecían en su gran mayoría sujetos a la tradición oral como principal forma de conservación de su pasado, de sus costumbres, de sus culturas. Hay que imaginarse al capellán Vicente de Valverde exigiendo al inca Atahualpa que besara con veneración ese objeto de planos superpuestos hechos de seca materia vegetal exornada de signos y coloreada, donde estaba toda la sabiduría del mundo. Atahualpa, que nunca había visto un libro, arrojó la Biblia por tierra, y ese hecho bastó para que los invasores se sintieran autorizados a masacrar a todo un pueblo.

Es como si dijéramos que la reciente cultura del libro comenzaba a destruir la largamente establecida memoria oral americana. Había también en nuestro continente una cultura escrita, pero estaba en poder de unos cuantos iniciados y no parecía haberse extendido hasta ser la depositaria de la memoria colectiva. Como nos lo cuenta el libro *La visión de los vencidos*, los sabios aztecas intentaron salvar los códices donde estaba pintada la tradición de su pueblo, entregándolos a los capitanes victoriosos, pero estos soltaron contra ellos sus perros de presa.

Y a tres sabios de Ehécati (Quetzalcóatl), de origen tetzcocano, los comieron los perros. No más ellos vinieron a entregarse. Nadie los trajo. No más venían trayendo sus papeles con pinturas (códices). Eran cuatro, uno huyó: sólo tres fueron alcanzados, allá en Coyoacán.

También tardamos siglos en descubrir que las estelas mayas no eran relieves ornamentales sino una escritura logográfica donde se conserva la memoria de aquel pueblo, sus ritos, sus saberes; pero en América la escritura no había llegado a sustituir a la tradición oral, y a ello se atribuye el que tantas culturas indígenas hayan podido ser abolidas de un modo irreparable.

Pero es importante preguntarse qué era lo que empezaban a obrar los libros en el alma de Europa. El Renacimiento surgió de una relectura de los textos antiguos y a menudo permitió que los pueblos escaparan al dogmatismo que había invadido la relación con los libros en la Edad Media. A la vivacidad intelectual de las herejías y de los primeros debates cristianos, la sucedió la severidad del dogma, y no podemos creer en la fecundidad intelectual de una época donde cualquier desviación de la ortodoxia recibía refutaciones de garfio y de fuego. Curiosa época donde la dominación estaba en el libro y la libertad estaba en la creación oral, en las canciones de los cátaros y en los cuentos de hadas llenos de evocaciones paganas; donde escribir era ser vigilado y ser reo de tribunales terrenos y celestes, y donde en cambio el habla transmitía los secretos más vigorosos y profundos de los pueblos. Ante una obra como *Macbeth*, donde se percibe por todas partes la gravitación de la Edad Media, uno se siente tentado a pensar que las palabras más inquietantes, que las músicas más indescifrables, que las construcciones verbales más audaces, las pronuncian las brujas. En cambio es evidente que la única tradición oral que los poderes me-

dievales, particularmente la Iglesia, alentaban, era la interminable e invariable repetición de oraciones previamente acuñadas y aprobadas por las jerarquías eclesiásticas.

Así, podemos advertir en el surgimiento de la imprenta no un lance afortunado y un hallazgo azaroso sino una secreta conspiración de la libertad de pensamiento contra las ortodoxias medievales. Aunque el primer libro en imprimirse fuera la Sagrada Escritura, ya contrariaba seriamente al poder de la Iglesia esa posibilidad de poner biblias a solas en todas las manos, ya preparaba también esa gran rebelión que fue la Reforma, que arrebató a las autoridades de la Iglesia el monopolio de la verdad del texto bíblico, y dio libertad a los fieles para interpretar sus pasajes.

La tradición oral conserva las creaciones, pero también es un modo de crear colectivamente, y por ello requiere cohesión social, mientras que el auge de la escritura más bien estimula la creación solitaria. Yo diría que por entonces se vivió en Europa una gran conspiración. No es sólo que a través de la imprenta el Renacimiento haya puesto la memoria de Occidente en manos de los individuos, el individuo mismo fue uno de los inventos de aquella época. Después de edades que ponían el énfasis en la pertenencia a una comunidad, llegaron las edades en las que lo importante era el criterio personal, en las que cada yo procuraba separarse del mundo y juzgar la historia desde su propia perspectiva. Desde antes del Renacimiento, y preparándolo, se habían dado en el campo del pensamiento y de la creación grandes aventuras individuales como no las recordaba Occidente desde los tiempos magníficos de la filosofía presocrática. Con un sentido conmovedor de la responsabilidad, Tomás de Aquino se aplicó a pensar por sí mismo toda la doctrina cristiana, a buscarle un fundamento racional a la unión hipostática, a la encarnación, al color de las plumas

en las alas de los ángeles, al modo como se desplazan por el mundo los pensamientos de Dios. Ello parece una expresión de la fe, pero los cuarenta volúmenes de la *Suma Teológica* admiten la sospecha de que fuera secretamente una expresión de la duda: a Tomás de Aquino ya no le bastaba creer, necesitaba argumentar, y por ello, sin darse cuenta, él, el buey mudo, él, que no pecaba nunca, él, ante cuya confesión final el sacerdote lloró de asombro porque estaba oyendo los pecados de un niño de cinco años, cometió sin advertirlo el más imperceptible de los pecados de su época: tratar de entender y de pensar a Dios cuando la ortodoxia ordenaba solamente creer. Otro aventurero fue Dante Aligheri, cuyos tercetos luminosos y precisos fueron vistos durante siglos como una expresión de la ortodoxia cristiana, pero en quien hoy podemos advertir a un temerario explorador de lo desconocido, ya que no solo decidió pecadoramente visitar estando vivo los reinos de la muerte, sino que se tomó la libertad de suplantar el juicio divino enviando a su antojo al infierno a reyes y papas, dictaminando sobre el pasado de Italia y de Europa como si él mismo fuera el juicio universal. De ese modo, consciente o no de ello, Dante estaba reinventando una verdad antigua: el hombre es la medida de todas las cosas. ¿Añadiré que no fue la menor de sus audacias la de colocar a la mujer que amaba, a Beatriz Portinari, en el centro del cielo espiritual, como si quisiera reemplazar con ella al Dios de los ejércitos? Dante creía firmemente que Dios y el amor son equiparables, como Cristo lo había predicado; y si el amor era Beatriz Portinari, ¿por qué no afirmar una suerte de identidad entre Beatriz y Dios, siendo evidente que en el Cosmos de la Divina Comedia, Beatriz y solo Beatriz es el Amor que mueve al sol y a las estrellas?

A través de esas cósmicas aventuras intelectuales iba naciendo el individuo tal como lo consagró el Renacimiento. Con las minucio-

sas y crecientes dudas de Descartes, con las lúcidas y personalísimas meditaciones de Montaigne, con las sonrisas de Leonardo, con los discursos de Cervantes, con las oposiciones de Lutero, con las máscaras apasionadas de Shakespeare. Así se abría camino el individuo en la historia de Occidente, y ya estaban en él, potencialmente, el hombre sujeto de Derechos de la Revolución francesa, el revolucionario iconoclasta, el ciudadano de las democracias modernas, el solitario héroe romántico enfrentado con el mundo y consigo mismo.

Ese proceso puede corresponder a una reflexión que escuché cierta vez de labios de Estanislao Zuleta sobre las diferencias entre la épica y la lírica. En la épica, decía, hay siempre una comunidad a la que se pertenece, con la que se está de acuerdo, un nosotros desde donde hablan el héroe y el narrador, unos seres solidarios integrados al mundo; en la lírica hay siempre un individuo, no solo aislado del mundo sino a menudo enfrentado a él.

Inmediatamente después de su aventura renacentista, que la había convertido en vanguardia de la modernidad, en la proa de los descubrimientos y en el primer imperio de su tiempo, misteriosamente España se atrincheró en el dogma, abandonó el camino de esa transformación, de la construcción del individuo, tan creadoramente inaugurado por Cervantes, por los poemas líricos y filosóficos de Francisco de Quevedo y Villegas, por los poemas de Lope de Vega. Renunció a la aventura de libre pensamiento, de la formación del individuo y del ciudadano, y se refugió otra vez en la Edad Media. Ese curioso viraje de España significó un repliegue hacia su propia memoria ancestral, una negativa a seguir esa aventura de elaboración de una nueva conciencia histórica en la que era fundamental el aporte de la lectura y del libro, como bien lo sustentaba un célebre soneto de Quevedo:

Retirado en la paz de estos desiertos,
Con pocos pero doctos libros juntos,
Vivo en conversación con los difuntos
Y escucho con mis ojos a los muertos.
Si no siempre entendidos siempre abiertos,
O alientan o corrigen mis asuntos,
Y en músicos callados contrapuntos
Al sueño de la vida hablan despiertos.
Las grandes almas que la muerte ausenta,
De injuria de los años vengadora,
Libra, oh gran don Joseph, docta la imprenta,
En fuga irrevocable huye la hora,
Pero aquella el mejor cálculo cuenta
Que en la lección y estudios nos mejora.

La literatura española se silenció a partir de mediados del siglo diecisiete y entró en un letargo parecido a la muerte. Sin embargo, España había logrado darse unas instituciones, construirse una tradición tan firme como sus castillos roqueros, tenía unas costumbres, una cultura en las cosas, unas mezquitas moras, unos acueductos romanos, la solemne y severa mole del Escorial en donde ampararse mientras encontraba otra vez argumentos para aceptar la aventura de la modernidad. Pero nuestra historia en América fue distinta, aunque siguió su propio rumbo en cada país. Habíamos casi destruido la memoria de América, la tradición de los pueblos americanos, habíamos descalificado su condición de verdadera cultura, pero no contábamos con una tradición europea arraigada en nuestro territorio. Además, la renuncia española a la edad moderna también impedía que las otras formas de la memoria, los libros, entraran a formar parte viva de nuestra realidad, nos ayudaran a conservar nuestro pasado, a vivir la aventura de construcción del individuo americano, el perfil singular de nuestra cultura mestiza.

En los Estados Unidos ese desafío no se vivió jamás: los nativos fueron exterminados y los europeos inmigrantes trajeron su cultura. Rápidamente sus libros crearon la mitología, verdadera o apócrifa, de aquel mundo. Rápidamente sus poetas tomaron posesión de su realidad, reconocieron la sacralidad de sus ríos y de sus montañas. Donde no había una larga tradición, al menos podía improvisarse una tradición literaria, tan capaz de sacralizar como la memoria ancestral. Esos puritanos venían de la cultura del dogma y del libro, pero ya avanzaban por el camino del libre examen, de sustituir la fe por las obras como instrumento de la salvación, lo suyo era ineluctablemente la modernidad. Dueños de unas costumbres, de unas tradiciones, de la memoria de los pueblos de Europa, ingresaban también plenamente en el orden de la memoria escrita, de los libros, de los debates intelectuales. El supuesto de toda democracia real, la igualdad, estaba resuelto para ellos por la falta de mestizajes, y por el proceso efectivo de formación del individuo moderno, del ciudadano. Incluso, libres del peso de las aristocracias que en Europa exigían crueles revoluciones para instaurar el reino de la libertad y de la igualdad, pudieron proclamar los Derechos Humanos antes que los propios franceses.

Pero ¿somos conscientes de la complejidad de un mestizaje físico desamparado de memoria? ¿Somos conscientes del hecho inquietante de que nuestra cultura renunciara a la vez a la tradición oral y a los libros? Ya no seríamos nunca más indígenas americanos pero no teníamos cómo ser europeos modernos. Mientras duró la dominación española, algo de la penumbra monacal del imperio nos daba la ilusión de una identidad. El mundo de la colonia, convirtiéndonos en menores de edad, sujetos a tutela, definidos por lo que no éramos, como una inconcebible figura geométrica que tuviera su centro fuera de ella, nos permitía malamente existir y sobre todo hacía que con-

viviéramos en la paz de nuestra múltiple inexistencia. Se dice que la América española era extrañamente pacífica después de que terminó el desangre de la Conquista; viajeros como el barón de Humboldt pudieron recorrer buena parte del continente casi sin tropiezo alguno, apenas sí perturbados por los mosquitos, las serpientes o el clima. Pero repito, esa paz era sobre todo la expresión de nuestra inexistencia, porque ningún esfuerzo se había hecho para hacer de los miembros de todas estas etnias, estas culturas, estos sistemas de parentesco, estas regiones geográficas diversas, gentes capaces de convivir y de reconocerse como conciudadanos.

Cuando llegó la Independencia, llegó con ella el desafío de descubrir nuestro verdadero rostro, de acceder a esa modernidad en la que los intelectuales de la rebelión se inspiraban. Las nacientes naciones se proclamaban hijas de la Revolución francesa, de la Declaración de los Derechos del Hombre, de la idea de individuo y de la idea de ciudadano. Las nacientes naciones tenían que ingresar en los paradigmas de la modernidad, y no para parecerse a Europa sino justamente para no tener que parecerse a ella, para garantizar la posibilidad de pensarse a sí mismas, de definir su fisonomía, de asumirse como sujetos complejos de la historia. Para poder vivir el mestizaje como una riqueza, para emprender los impostergables diálogos culturales. No había sociedad tan necesitada de memoria como ésta, y no había sociedad que la tuviera tan tenue. Hijos, nuestro continente y nuestro país, de tantas desintegraciones, de tantas lejanías, de tantos olvidos, corríamos el riesgo de terminar creyendo, como ocurrió, que en realidad América nació en 1492, el riesgo de creer, como creemos, que Colombia solo existe desde 1819, o desde 1886, el riesgo de estar viendo un nacimiento en cada destrucción, y de terminar perdiendo la memoria de un modo total. La verdad es que casi la hemos perdido, y lo que no pasó con don Quijote sí puede pasar con nosotros. Nosotros

sí podemos ser objeto de la afirmación de Schopenhauer según la cual la locura es la pérdida de la memoria.

Aislados y asediados, en un país al que no conocemos ni comprendemos; sorprendidos por los rostros inesperados que el país guardaba en su seno; discriminándonos sin fin unos a otros; totalmente incapaces de reconocernos en nuestros vecinos; perdida la memoria de nuestros orígenes; perdida nuestra raíz americana y perdida también nuestra pertenencia al orden mental europeo; viviendo una discordia de aldea, nada parece más improbable que construir con este mosaico de cosas heterogéneas, con esta discordia generalizada, una patria común. ¿Qué podía salvarnos de eso? Abolida la posibilidad de una memoria mágica o mítica americana, a la que podemos acercarnos, pero a la cual como mestizos no podemos pertenecer de un modo pleno, habría sido indispensable para nosotros convertirnos en una cultura de lectores. Porque es bueno recordar que desde el comienzo no faltaron entre nosotros los autores y los libros, incluso la Conquista misma vio nacer en nuestra cultura ese libro asombroso: *Elegías de varones ilustres de Indias*, un fresco descomunal de la Conquista y el poema más extenso de la lengua castellana. Pero ¿quién lo leyó por entonces, quién lo leyó a lo largo del tiempo? Lejos de mí pensar que sea posible que unánimemente un país se convierta en una sociedad de lectores, pero basta comparar los índices de lectura en nuestro país con los de los países europeos, para advertir las carencias de nuestra vida espiritual.

Porque ¿qué es lo que verdaderamente se conserva a través de la memoria oral o escrita? Yo diría que las minuciosas sabidurías de la vida diaria, los escrúpulos y los rituales que hacen posible la convivencia, la amistad, el amor, la vida familiar, la vida social. Tiene razón Nietzsche, no podemos vivir sin costumbres, sin tradiciones. Una especie tan alarmantemente desprovista de instintos como la nuestra,

solo puede sobrevivir y persistir gracias al orden de la cultura, y toda cultura supone una cohesión profunda, una memoria compartida, la certeza poderosa de pertenecer a un orden común. A una parte considerable de nuestros pueblos le arrebataron la memoria oral pero no le trajeron la memoria escrita, se fueron los mitos pero no llegaron los libros. Y la verdad es que, aunque ni los dirigentes ni los gobiernos ni los Estados parezcan haberse dado cuenta de ello, el orden social y político que nosotros decimos profesar supone los libros y la lectura. Los libros como interlocutores, como complementos de la memoria, como educadores de la sensibilidad, como estímulos de la imaginación, como aliados del pensamiento. Hay muchas cosas, muchos elementos de formación que podemos recibir de la familia, de la religión, de las instituciones, de los medios de comunicación, pero ¿dónde encontrar proveedores de información, de conocimiento y de sabiduría más universales, más íntimos y más persistentes que los libros? En las instituciones estamos por algún tiempo, pero solo los libros podrán acompañarnos la vida entera, y en ellos la pluralidad de las ideas, de las historias, realidad y ficción, sensibilidad y fantasía, dulzura y horror, música verbal y pensamiento, lo posible y lo imposible. Como enumeraba Borges:

Enciclopedias, atlas, el Oriente
Y el Occidente, siglos, dinastías,
Símbolos, cosmos y cosmogonías,
Brindan los muros...

La conducta de los seres humanos no está gobernada por la ley; la ley positiva es solo un recurso extremo para corregir excesos e impedir abusos de nuestra libertad. La conducta está regida mucho más continuamente por las costumbres, por el ejemplo, por la tradición compartida. Allí donde se diluye esa tradición solo queda un recurso

para la supervivencia de la sociedad y es la ética. Porque solo a veces necesitamos tomar decisiones que atañen a la ley escrita, al derecho positivo; más a menudo tomamos decisiones que competen a las costumbres culturales y sociales; pero a cada instante tomamos decisiones que pertenecen al orden de la ética. La vida cotidiana exige continuamente de nosotros el decidir y valorar los hechos de acuerdo con los dictados de nuestra conciencia, en casos donde la sociedad no puede intervenir y la ley no puede sancionarnos. Ese es el espacio más visible de nuestra libertad y es el verdadero escenario de la convivencia social. Pero en nuestro caso, inoperante el Estado y desgarrado el tejido social, la ética es asunto de vida o muerte, y para alcanzar una conducta ética, en la modernidad, es indispensable la formación de un sujeto responsable, capaz de dialogar consigo mismo, capaz de meditar sus actos, es indispensable la formación de individuos, y yo diría que la lectura es fundamental en ese proceso. Los libros, cuya cercanía obra una suerte de extensión de nuestra facultad comprensiva, que expande el espacio de nuestra mente, que hace flexible y distinto el paso del tiempo, generan una singular tensión entre nuestra interioridad y el mundo, ya que lo que dicen está a la vez en las páginas y en la mente, y pueden pasar de un modo imperceptible de ser párrafos ajenos en una página a ser íntimos recuerdos o convicciones irrenunciables.

Por supuesto que los nukak-makú, desnudos por su selva, no tienen necesidad de libros, pero es porque saben leer en la naturaleza de su selva unos textos que nosotros no desciframos. Es ese el tesoro de su memoria ancestral, el arte de sobrevivir, de convivir, de cazar, de tejer fugaces moradas con lianas y bejucos, la relación con el cuerpo, con la enfermedad, con la muerte, la presencia de los ritos y los mitos y en ellos una memoria compartida que bien puede bastar para su mágica supervivencia en un mundo que nosotros vemos como peligro y amenaza, pero que ellos saben vivir como un hogar y una patria. Así

descifran los embera catíos el lenguaje de las pinturas sobre el cuerpo, las líneas rojas del achiote y las ocres o amarillas del nogal macerado; así leen los pueblos amazónicos en grafismos cincelados sobre la piedra los textos del mito de la gran serpiente y en las manchas de la anaconda el mapa de las constelaciones; así pronuncian los sikwani del Vichada los rezos que protegerán al niño de las enfermedades o que propician la pesca; así repiten los u'wa del Cocuy el mito del *vuelo de las tijeretas*, que recuerda el viaje fundador de sus abuelos, las águilas, y que renueva ante cada bandada de águilas migratorias un pacto sagrado con el territorio.

Nosotros no tenemos el privilegio de pertenecer a esos mundos cerrados sobre sí; y todo parece indicar que el mundo moderno no avanza hacia la pureza de las culturas sino hacia el diálogo, el intercambio y el enriquecimiento recíprocos. Por eso, aunque hay algo en nosotros, mestizos americanos, que anhela sin fin volver a la cultura oral, a la tradición oral, hoy nuestra principal memoria posible es la del libro, y sin embargo tenemos todavía algunas de las sociedades menos lectoras del planeta. Cómo extrañarse de que en Colombia no nos reconozcamos los unos a los otros, si nunca nos hemos esforzado por construir verdaderamente el vínculo, si no hemos fortalecido los lenguajes del intercambio y del reconocimiento, si crecemos en la hostilidad y la rivalidad. Colombia solo cambiará cuando esté llena de ciudadanos en el sentido más activo y más reflexivo del término. ¿Pero cómo extrañarse de que no haya ciudadanos en una cultura donde lo individual no escapa al nivel de la supervivencia solitaria, ni ha logrado depurarse en criterio y carácter?

Estar con un libro es ya no estar solo consigo mismo, hay allí otro que nos ayuda y nos desafía. Y yo pienso que nuestra América está llamada, a pesar de todo, a convertirse por excelencia en la tierra del libro. Lo pienso porque en primer lugar, como decía al comienzo,

probablemente la escritura surgió como alternativa de conservación de la memoria allí donde flaquea la memoria oral, donde desaparecen las costumbres y se desarraigan las tradiciones. En segundo lugar, porque tanto la escritura como la imprenta son instrumentos ideales para el diálogo de las culturas, y en ningún otro continente parece haber un desafío más vasto de entendimiento entre culturas distintas. Somos herederos de todas las tradiciones del planeta, y ello no puede darse ya mediante la asimilación de tradiciones orales sino mediante el diálogo múltiple de autores y de textos. Y en tercer lugar, porque el continente, que aún no ha producido esas esperadas multitudes de fervientes y lúcidos lectores que la historia promete, ya ha producido algunos de los más notables maestros lectores que pueda mostrar Occidente, es decir, de maestros que no solo fueron grandes lectores sino que siempre supieron enseñar a leer: hablo, para mencionar solo a unos cuantos, de Alfonso Reyes, cuyo espíritu era a su modo una biblioteca infinita; hablo de Pedro Henríquez Ureña, amoroso lector de todas las creaciones continentales, hablo por íntimo dictado del afecto y de la gratitud de Estanislao Zuleta, en quien estaban y dialogaban las artes y las disciplinas científicas, y hablo del más grande de todos, de Jorge Luis Borges, a quien un francés ha llamado el guardián de todas las bibliotecas, y quien ha sido el lúcido y cálido maestro de las generaciones americanas de esta segunda mitad del siglo; gracias a todos ellos, tal vez estemos asistiendo, en este último crepúsculo del siglo veinte, al nacimiento definitivo de una comunidad de lectores hedónicos y comprensivos, de individuos y de ciudadanos, que hagan realidad el viejo sueño de instaurar en nuestra tierra, contra el viento del olvido, y sobre este caos de pasiones elementales y de colores primarios, la vigencia de la memoria, la fraternidad de la democracia, la fiesta de una edad de lucidez y de imaginación.



► De izquierda a derecha: Jairo Uribe Arango, Bernardo Trujillo Calle y Gilberto Martínez Rave. Archivo institucional. 2005.

Bernardo Trujillo Calle⁷, Jairo Uribe Arango y Gilberto Martínez Rave

Bernardo Trujillo Calle fue abogado, profesor y fundador de UNAULA. Reconocido por ser uno de los mayores conocedores sobre el tema de Títulos Valores. Maestro por convicción.

Jairo Uribe Arango fue doctor en Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia. Rector durante cuarenta años en UNAULA y profesor de Sucesiones.

Gilberto Martínez Rave fue fundador de UNAULA y catedrático de Derecho Procesal Penal y Responsabilidad Civil Extracontractual."

No queremos formar tartufos con licencia de abogados.

« No queremos formar abogados de aquellos que desde su privilegiada posición de mandatarios, en cuyas manos está decidir, por virtud de un simple poder otorgado, de los bienes de su cliente, traicionando la confianza de aquellos en cuya entereza y conocimientos descansa el buen éxito o el fracaso de la causa encomendada, y tuercen sin embargo el destino del proceso, aun si fuere a favor de su mandante. »

⁷ El doctor Trujillo fue designado para dar las palabras de aceptación del *Honoris Causa* en nombre de quienes también recibirían el mismo galardón: doctores Jairo Uribe Arango y Gilberto Martínez Rave.

► Para ella, hiedra en sus muros, y para sus hijos, laureles

Discurso del doctor Bernardo Trujillo Calle, con ocasión del otorgamiento del título doctor en Humanidades, Honoris Causa, a los profesores Gilberto Martínez Rave, Jairo Uribe Arango y Bernardo Trujillo Calle, pronunciado por este último el día 21 de octubre de 2005, en nombre de los homenajeados.

Señor presidente de la universidad, doctor Luciano Sanín Arroyave; señor rector, doctor Jairo Uribe Arango; señor presidente del Consejo Superior, Alfonso Tito Mejía, y demás miembros del Consejo; señor vicepresidente de la universidad, doctor Antonio Puerta; señores vicerrectores, doctores José Raúl Jaramillo y Aníbal Vélez; señor decano de la Facultad de Derecho, doctor Fernando Salazar y señores decanos; señores miembros de la Sala de Fundadores; señores miembros de la Comisión Permanente; señores profesores, señores funcionarios, apreciados estudiantes; Rosa y querida familia, compañeros del rector Jairo Uribe Arango y Gilberto Martínez Rave, amigas y amigos que nos acompañan esta noche.

Cuando recibí la carta del Consejo Superior de la universidad en la cual se me comunicaba el alto honor que nos iba a dispensar al rector Jairo Uribe Arango, al compañero de fundación y de cátedra Gilberto Martínez Rave, y a mí, confiriéndonos un doctorado en Humanidades *Honoris Causa*, pensé en el primer momento en la seriedad del compromiso y en la forma de agradecerlo de la mejor manera, hablando desde este claustro benemérito todo aquello que de lo más profundo me brotara espontáneamente; que dijera lo que ha sido durante estos casi ocho lustros desde su nacimiento y a lo largo de su penoso trasegar por el mundo de la cultura superior, hasta su brillante situación actual que, pese a no descollar por una numerosa población

estudiantil y profesoral, sin embargo no ha cedido los espacios que duramente ha conquistado, los cuales conserva y expone al reconocimiento público regional y nacional de nuestros compatriotas.

Mis compañeros de homenaje, por una bondadosa atención suya, convinieron que fuera yo quien llevara la palabra a nombre de los tres, y esa es la única razón por la que he asumido este honroso compromiso, haciendo acopio más de mi buena voluntad, que de mis personales merecimientos para la solemne ocasión.

Quise también en aquel momento hallar un motivo que me permitiera escribir unas palabras, intentarlo por ejemplo, alrededor de lo que ha sido mi brega individual, que es muy probable la misma que a todos nos cobija, haciendo remembranza de aquellas épocas en que nos desempeñábamos como jueces de algunos municipios del departamento en los días iniciales de esta ya larguísima carrera de nobles empeños, probándonos a fondo en la ritualidad de los procesos y en la templanza de las que serían las primeras sentencias, obra de jóvenes abogados en los variados ámbitos de aquella promiscuidad —civil, laboral, penal— azarosa y retadora a la vez. Particularmente, y estoy hablando sólo en mi nombre en este caso, concluido el corto período de la judicatura, mi entrada al litigio fue primero en ese universo espectacular del derecho penal, en el cual no hay horizontes límites que confinen esa ciencia debido a su vastedad que trasciende las fronteras de lo material, de la norma escrita, para adentrarse en el alma humana, en la psiquis del infractor. Se hablaba entonces de las Escuelas Clásica y Positiva (no sé cuál será el lenguaje científico que los penalistas de hoy utilizan y si sobreviven al paso de los tiempos igual que las figuras estelares de Ferri y Carrara, o si han sido sustituidas por otras corrientes del pensamiento científico y por otros grandes autores de figuración mundial). Confieso que mis lecturas quedaron estancadas en los

manuales elementales de nuestros profesores Samuel Barrientos, Luis Eduardo Mesa y Gustavo Rendón, pero nos solazábamos leyendo esporádicamente las defensas de Gaitán y Carlos Lozano. Por cierto, no fue larga mi experiencia en estos rumbos y concluyó casi dramáticamente por un episodio del cual —como dijera un autor— no quiero acordarme, de suerte que mi ingreso a los predios del derecho civil y mercantil, que eran los más queridos de mi esposa y compañera Rosa, fue a remolque de la desgraciada circunstancia dicha. Y heme aquí, desde entonces. Desde hace aproximadamente medio siglo en pleno ejercicio de esta inigualable y nunca bien ponderada profesión de abogado que nos enaltece y colma de sincero orgullo. Pero cuando digo que aquí estoy, no es solamente en el bravo trajín del ejercicio como mandatario, sino de cuerpo entero metido en la academia como catedrático o directivo en las universidades de Medellín, de Antioquia —mi Alma Máter—, en la Bolivariana y en algunas más de diferentes ciudades del país a donde he llegado a prestar mis servicios en la docencia.

Nos colma de orgullo sincero, digo, porque pienso que paralelamente a la vida profesional de quien les habla, también han transcurrido las vidas de mis dos ilustres compañeros, el rector Uribe Arango y el catedrático y autor Martínez Rave, dentro del nobilísimo empeño de hacer que la abogacía se mantenga en el nivel académico más alto, sin perder los trazos que los maestros precursores consagrados le han señalado con su impecable ejemplo a lo largo de los siglos, haciéndola digna del respeto general por los humanos contenidos éticos que la imbuyen como algo consustancial, como componente inescindible de su razón de ser, sin el cual habrían fracasado en su intento los forjadores de la profesión. Por eso la idea que tenemos algunos miembros activos de la abogacía de lo que es ser un abogado, no es la cruda de su

definición etimológica, y de allí que tampoco nos detengamos en examinar sutiles diferencias conceptuales de lo que es el jurista, el letrado, el togado, el doctor en leyes, el licenciado. No es esa simplista y llana acepción de abogado que trae el diccionario de la lengua, por ejemplo, la que nos pueda convencer a quienes de verdad le rendimos el culto inextinguible de nuestra pasión sin límites a la profesión. Ni tampoco a las igualmente elementales que nos identifican como licenciados, doctores en jurisprudencia o juristas, porque el tema es más profundo y no se detiene en el mero diploma que la universidad confiere como un ritual de origen reglamentario.

Un ilustre abogado ha escrito que «la abogacía no es una consagración académica, sino una concreción profesional». Y agrega más adelante, después de un devastador y pesimista análisis de lo que es la universidad como formadora científica ensimismada en enseñar los conceptos del derecho, la idea de Estado, el programa, la razón del método, etc., lo que en su opinión debiera consistir una enseñanza para la formación cultural del abogado por la «razón sencilla de que en las profesiones la ciencia no es más que un ingrediente. Junto a él operan la conciencia, el hábito, la educación, el engranaje de la vida, el ojo clínico, mil y mil elementos que, englobados, integran un hombre, el cual, precisamente por su oficio, se distingue de los demás».

Qué maravillosa concepción tiene este autor, maestro entre los grandes, sobre lo que es un abogado. «En el abogado la rectitud de la conciencia es mil veces más importante que el tesoro de los conocimientos. Primero es ser bueno; luego, ser firme; después, ser prudente; la ilustración viene en cuarto lugar; la pericia, en el último». Y concluye: «no se hacen los abogados con el título de licenciado, sino con las disposiciones psicológicas, adquiridas a costa de trozos sangrantes de la vida... abogado es en conclusión el que ejerce permanentemente

(tampoco de modo esporádico) la abogacía. Los demás serán licenciados en derecho, muy estimables, muy respetables, muy considerables, pero licenciados en derecho, nada más».

Amigos estudiantes de abogacía: no nos afanemos tanto por obtener el cartón que nos acredita para el ejercicio de nuestra sin par profesión, desentendiéndonos de lo más importante que es cómo vamos a ejercer la abogacía. ¿Será que abogado es todo aquel que simplemente aboga? ¿Pilatos, el procurador romano de Judea, no abogó por Jesús en el momento culminante en que la multitud pedía liberar a Barrabás y condenar al Justo? Pilatos abogó, pero se lavó las manos delante de sus verdugos, porque en lo más profundo de su conciencia él sabía que apenas había cumplido con la farsa. La historia está llena de ejemplos memorables de causas defendidas por quienes no recibieron el diploma universitario. También hay de otras en que graduados no supieron o no quisieron defenderlas porque había de por medio mezquinos intereses, porque estaban en la bolsa del infame las treinta monedas del traidor.

Esos abogados que montan el tinglado de una tramoya jurídica para justificar el apoderamiento que hacen de los bienes de su cliente o de los de su contraparte actuando contra ley y justicia, no son los abogados que queremos formar en esta universidad. Los abogados que se coluden con la contraparte y pactan en secreto la distribución de los bienes de su cliente dejando a propósito precluir términos críticos en el proceso u ocultando la prueba concluyente o prestándose a la vitanda práctica de aceptar testigos perjuros para engañar al juez o haciendo, mediante argucias curialescas, que el magistrado se confunda abrumado en medio de una hojarasca literaria de falsos razonamientos o alegando a sabiendas leyes falsas o abrogadas o presentando argumentos capciosos, falaces, de aquellos que los diccionarios

llaman abogaderas, no son los abogados que queremos formar en esta universidad.

No queremos formar tartufos con licencia de abogados. No queremos formar abogados de aquellos que desde su privilegiada posición de mandatarios, en cuyas manos está decidir, por virtud de un simple poder otorgado, de los bienes de su cliente, traicionando la confianza; de aquellos en cuya entereza y conocimientos descansa el buen éxito o el fracaso de la causa encomendada, y tuercen sin embargo el destino del proceso, aun si fuere a favor de su mandante. De esos abogados, en fin, no queremos formar en la universidad. Los abogados, en nombre de la ética, tenemos obligación de rechazar las prácticas indecorosas como aquella de sugerir actos simulados de transferencia de bienes para burlar el derecho de los hijos extramatrimoniales o para eludir el cumplimiento de las obligaciones legalmente contraídas. Esos abogados, repito, no son los que queremos formar en esta universidad. Queremos, sí, formar y tenemos la obligación de formar otra clase de abogados decorosos, estudiosos, responsables, éticamente insospechables.

Amigos estudiantes de UNAULA, cualquiera sea la carrera que cursen, lo que esta noche queremos decirles en cálidas palabras, el mensaje que queremos hacerles llegar quienes por una casual coincidencia venimos de universidades diferentes a ésta, es que por encima de cualquiera otra consideración, antes que nada, miren el norte de su brújula en sus actitudes de profesionales del derecho o de contadores o de sociólogos o de educadores, o de economistas, ciñéndose estrictamente a los dictados de su ética. Sin moral los profesionales serían grupos de asalto a la sociedad. Tal vez por ese motivo es por lo que yo, en mi cátedra, durante más de cuarenta años que la he venido sirviendo en esta y en otras universidades, hago una pausa cualquier día para decirles a mis estudiantes que no se hagan la ilusión de quererse

enriquecer económicamente con el ejercicio de la profesión porque ella no es caja de Pandora, no es el tesoro escondido detrás del cual puedan ir las ilusiones de una juventud en formación. Probablemente ejercida la profesión de abogado, con constancia, con disciplina, con lealtad, apenas si dará para un modesto vivir. Yo haría más las palabras del mismo autor que ya he citado para decirles, a propósito de esta idea, que entre la duda sobre la moralidad intrínseca del negocio para decidir si se toma o no, el criterio que ha de guiarlos debe ser el de proceder de buena fe, así nos equivoquemos en la opción elegida. Que cuando haya pugna entre la moral y la ley debemos decidarnos por la moral en contra de la ley injusta, inadecuada o arcaica. Que entre la licitud o ilicitud de los razonamientos, nunca debemos decidarnos por una falta a la verdad en la narración de los hechos. Y que si nuestro oficio es hacer triunfar a la justicia o a nuestro cliente, es preferible el triunfo de aquella. Palabras sabias de un sabio maestro de la ética del abogado, que yo aconsejaría tener presente siempre y cuando hayamos de decidir en uno o en otro sentido.

Ustedes dirán que abundan los libros sobre la materia y de memoria citarán nombres egregios: Calamandrei, Bielsa, Osorio, Sentis, Couture, Ripert y otros más. Esto es cierto y tan cierto es que yo diría que los decálogos que algunos de ellos nos enseñan como normas de conducta debiéramos adoptarlos con los ojos cerrados y la mano puesta en el corazón:

No pases por encima de un estado de tu conciencia; no afectes una convicción que no tengas; no te rindas ante la popularidad ni adules la tiranía; piensa siempre que tú eres para el cliente, y no el cliente para ti; no procures nunca en los tribunales ser más que los magistrados, pero no consientas ser menos; ten fe en la razón que es lo que en general prevalece; pon la moral por encima de las leyes; aprecia como el mejor de los textos el

sentido común; procura la paz como el mayor de los triunfos; busca siempre la justicia por el camino de la sinceridad y sin otras armas que las de tu saber (hasta aquí Osorio y Gallardo).

Pero es que estos maestros consagrados de la abogacía nos hablan de la ética desde la cumbre de sus ejecutorias memorables, y nosotros, los profesores de esta universidad, se los estamos diciendo esta noche desde la llanura de simples y mortales abogados y amigos de esta universidad y de ustedes, recurriendo a nuestras personales experiencias de profesionales de baranda; de profesores de sensibles materias del diario ajetreo; de nuestra memoria de ex jueces y comentaristas de la doctrina; de amigos, en fin, que tienen contacto diario con ustedes y les hablan en el coloquial lenguaje del amigo al amigo, del profesor al alumno, de quienes desde el ocaso ya de sus cansadas vidas procuran que el paso de ustedes por estas aulas queridas sea como por el de un crisol donde se aíslen la verdad de la mentira, la buena fe del dolo.

Algún día, ojalá temprano, tendremos que entender lecciones de vida que nos propone Laski, un humanista consagrado:

En casi todos nuestros deseos es fácil notar cierto apresuramiento febril, cierta ofuscación, cierta falta de calma, que implican una total ignorancia de las cosas que deben ser anheladas en la vida. El espíritu que niega ha triunfado sobre el espíritu que afirma.

He elegido, como se habrán enterado, un tema verdaderamente apasionante para hablar en esta solemne ocasión. Acepto el reto con respeto pero sin temor de pensar que estoy haciendo una interpretación falaz de lo que unánimemente en la intimidad de todos nosotros puede suponerse sea el de nuestro mayor interés. Cuál otro podría ser más apropiado para dirigirme a esta juventud ansiosa de saber, ansiosa de triunfos fáciles como es normal que ocurra en la mente y en el cora-

zón de todos los jóvenes; ansiosa del dinero, ansiosa de llegar pronto a una meta imaginaria que se han forjado tempranamente, para poderles decir, al cabo ya de nuestros días, en una oportunidad excepcional como esta, así, de manera familiar, que no hay que acortar los caminos sólo para llegar pronto. Que la vida del abogado es dura, es una lucha tenaz, sin tregua, que suele desembocar a veces en encrucijadas inesperadas y desalentadoras. Que hay satisfacciones superiores al dinero mismo que se amasan día a día como las fortunas de los abuelos honorables, no que se hacen de la noche a la mañana con un viaje cargado de narcóticos al extranjero.

Este doctorado *Honoris Causa* que la universidad nos confiere hoy, por ejemplo, no podría cambiarse por deslumbrante y tentadora suma de dinero alguna. El reconocimiento público de ser «abogado honrado» enaltece muchísimo más que una holgada cuenta bancaria. El paso durante treinta y nueve años por la cátedra en la universidad en contacto y diaria comunión con la muchachada de UNAULA, vale más que cien triunfos en el foro.

Con todo, deseo dejar sentado algo que en mis frecuentes meditaciones me ha inquietado o nos ha inquietado a todos nosotros, para ser más concreto. Pienso que no se requiere título académico para ser un buen abogado. Buen abogado, repito en el sentido recto de la expresión. Así fue antes en los orígenes de la historia de la abogacía, de lo que se ha entendido por abogado. Se sabe por el Nuevo Testamento que «Jesucristo es presentado como abogado dispuesto a llevar la buena causa de las almas». Que Zolá, en la formidable defensa del judío Dreyfus probó ser un grande abogado. Que Callejas, al asumir con éxito rotundo la defensa del general Uribe Uribe, hizo un alegato para la historia tan docto como el del mejor abogado. Que Amurabi escribió un código de buenas costumbres que rigió miles de años antes de

la era cristiana sin ser abogado, como tampoco lo fue Moisés cuando promulgó las Tablas de la Ley. Si Pendes, legislador y gobernante, fue el primer abogado profesional de que habla la literatura antigua, ¿qué universidad le confirió el diploma?, así como Alfonso el Sabio, que desde luego tampoco fue abogado, sin embargo dejó memorable obra jurídica para su pueblo y honró la profesión de la abogacía que él erigió en oficio público. Claro que las *Catilinarias* de Cicerón contra Lucio Sergio Catilina y las llamadas *Filípicas* contra Marco Aurelio y las *Filípicas* de Demóstenes contra Filipo de Macedonia, les trazaron a sus pueblos reglas jurídicas y de conducta ciudadana profundamente morales y les enseñaron un comportamiento cívico y patriótico como antes ninguno otro había tenido el acierto y la fortuna de hacerlo. Estos fueron abogados notables, en el más elevado significado de la palabra, conductores morales de sus pueblos sin diploma universitario. En pocas palabras: no es el título el que hace el abogado, como tampoco el hábito al monje. De allí que la ética profesional no vaya implícita en las palabras del diploma, sino en el alma del que la lleva. Voltaire, de cuyas palabras me apropio, lo dijo de manera insuperable:

la moral no consiste en la superstición ni en las ceremonias, ni tiene nada común con los dogmas... los dogmas son diferentes en cada país y la moral es la misma para todos los hombres que usan el don de la razón. La moral nace de Dios, como la luz, y las supersticiones sólo son tinieblas.

Por este iluminado camino vamos llegando al final del tema que en estas palabras me propuse tratar en nombre de todos los galardonados de la universidad: destacar la ética por encima de cualquier otra consideración en la formación del abogado. Yo entiendo que la ética del abogado, como *desiderátum*, no es distinta a la del médico, del ingeniero, del sacerdote o del militar. El concepto es total porque una cosa

es buena o mala como parte de un todo absoluto y por tanto también absoluto. No se puede ser a medias decente y a medias deshonesto. Desde esta irreductible posición, distinguidos amigos, no estamos proponiendo tampoco el menosprecio por lo económico renunciando a la justa retribución por nuestro trabajo. Eso jamás. Lo que repudiamos es el asalto a la buena fe, el abuso en la celebración del pacto de honorarios. Ni Quijotes ni Sanchos. No todo idealismo, ni todo dinero, sólo lo justo. Porque, como diría Salmanes S. I., «no es menester decir qué abogado deshonra su profesión con cualquier apariencia de avaricia o con exigencias excesivas aunque quede a salvo la justicia estricta». Es que el miserablismo en la tasación de honorarios es extraño y repugnante al ejercicio del derecho, en la misma forma que el abuso, a menos que se trate del servicio social que le cabe al abogado como una contribución suya a la comunidad.

A riesgo de equivocarme, asumo la pretensión de hablar en este lugar y en esta hora, para decir que los abogados cuando hacemos mentalmente un recorrido para evocar viejas lecturas y las caras de los profesores de la facultad, surgen los paradigmas de aquellas figuras legendarias cuyas lecciones jamás quisiéramos olvidar y cuyo ejemplo de vida, en lo privado y en lo público, quisiéramos imitar. Ruego a mis compañeros, doctores Uribe Arango y Martínez Rave, se me excuse por mencionar a dos personas que han sido mis guías, luces en mi camino: mi profesor Antonio J. Pardo, inolvidable por su sabiduría, por su tranquila amistad brindada a los discípulos, por su austeridad proverbial, por su desprendimiento de los bienes materiales, por el respeto que inspiraba en el foro, en la academia, en la comunidad universitaria. Más de medio siglo de abnegado ejercicio profesional, de catedrático, de doctrinante, de juez y magistrado, no le dio para dejarle a sus herederos bienes de fortuna. Pero les dejó un nombre que

hace parte de la más limpia, brillante y decorosa historia de la abogacía nacional y continental. Un día llegó a la oficina del doctor Pardo, que por excesiva bondad suya yo compartía, una carta que en silencio leyó y quiso guardar sin decir nada de su autor o contenido. Ante mi insistencia permitió que yo la leyera. Y ¡oh sorpresa! Grande sorpresa: era una carta del gran procesalista continental Eduardo J. Couture que, luego de hacerle altísimos y merecidos elogios a su *Tratado de Derecho Procesal Civil*, que un día compró en una librería de Río de Janeiro, se desbordaba luego en entusiastas manifestaciones de respeto y de amistad al autor y lo invitaba a sostener con él permanente correspondencia de intercambio científico.

El otro personaje que marcó con su palabra, con su vida ejemplar de profesor universitario, de ciudadano intachable, de padre, de esposo, de miembro de familia, fue la venerada y muy querida de mi padre político, doctor Justiniano Turizo Sierra, fundador, presidente vitalicio y doctor *Honoris Causa* en Educación de esta Universidad, abuelo de mis hijos. Jamás sintió la apetencia del dinero o de la gloria; jamás trasegó por los desechos para llegar a un lugar privilegiado, porque siempre anduvo por los amplios caminos de la decencia, de la caballerosidad, del respeto y del buen entendimiento con quienes estuvieron cercanos a él. Jamás faltó el pan en su mesa, ni el techo, y la educación superior para su numerosa familia, ni el amor en su hogar, no obstante.

Compañeros, profesores, amigos funcionarios, estimables discípulos, amigas y amigos: Al doctor Jairo Uribe Arango, qué bien le luce este doctorado, pues le viene por sangre de su ilustre padre Benedicto Uribe, notable abogado de principios del siglo pasado, político, orador, atildado escritor y poeta inspirado, su vocación de abogado que él ha ejercido, limpia y transparente durante más de medio siglo y hoy nos gobierna con prudencia, con tino, con sabiduría desde la Recto-

ría de la universidad en el período más extenso que se haya visto en universidad alguna, ejerciendo el magisterio de sus sabias enseñanzas plasmadas en un libro de obligada consulta en la materia de su especialidad. ¿Qué antioqueño de cincuenta años no ha escuchado el bello poema del señor padre de nuestro rector llevado al pentagrama en aire de bambuco por el maestro Blumen?

En el alma de una flor cuajó la luna su argento.
 ¡Qué suave me trae el viento el perfume de la flor
 que se besó con la luna en un éxtasis de amor!
 ¡Qué suave me trae el viento el perfume embriagador!

El doctor Gilberto Martínez Rave, a quien conocí desde mis primeros años de abogado y con quien tuve el grato placer de trabajar en el Municipio de Medellín, ha hecho una singular carrera en el foro, en la cátedra y en el libro. Sus escritos sobre *Derecho Procesal Penal* y *Responsabilidad Civil Contractual*, han recibido la consagración de una aceptación general en el gremio de abogados y se le cita con respeto y se le atienden sus doctrinas. Insospechable y probo, es un ejemplo de dignidad profesional. Ambos entonces, son acreedores con creces de la distinción que van a recibir.

Mas, cómo y en qué palabras podríamos nosotros agradecer este señalado homenaje de la universidad, el máximo que se puede otorgar y recibir, si no es repitiendo con el poeta su frase inmortal «madre universidad naturaleza del alma». Esta universidad nos ha conferido el título de doctores en Humanidades, *Honoris Causa*. Nos abruma el honor porque sabemos qué es el humanismo y quiénes fueron y han sido los grandes humanistas desde el renacimiento hasta Ortega y Gasset. La dimensión conceptual de la expresión trasciende nuestros limitados méritos académicos aun contrayéndola al mero campo jurídico:

La palabra Humanidades, con la de su más cercano parentesco en nuestro idioma, humanismo, ensambla significación con el problema de la libertad como esencia misma de lo humano [...] El punto de partida del que arranca la nueva concepción tiene a la ecuación hombre como epicentro, no al hombre como individuo sino como persona. La ontología y la estimativa, enclavadas en el corazón de la filosofía, en sus desarrollos modernos han permitido al Derecho ciertos aprovechamientos de los que no han estado ausentes las conceptualizaciones de Humanidades (Miguel Herrera Figueroa).

Mas la universidad así lo ha querido, y nosotros, en respuesta a ese inmenso honor, queremos ofrecerle el libro abierto de nuestras vidas para su escrutinio, el más severo, y decirle desde este recinto que prometemos seguir en nuestra tarea de servirla, de acompañarla como siempre en sus momentos difíciles hasta el fin de nuestros días.

Y a la comunidad universitaria queremos hacerle llegar esta noche nosotros, a la edad en la cual ya no aspiramos a otra cosa distinta que seguir cumpliendo esta ponderosa tarea, cuando ya estamos a las puertas en que las coplas de Manrique podrían estar golpeándonos demasiado cerca.

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando
cuán presto se va el placer,
cómo después de acordado
da dolor,
cómo a nuestro parecer
cualquier tiempo pasado
fue mejor...

Repito, queremos hacerles llegar el mensaje que un buen hombre de la Patria dijo en solemne ocasión:

Por fortuna, la juventud llena de vida, de vigor y de esperanzas se presenta en la escena con fuerza de repuesto, y pide campo, y reemplaza en la tarea a la generación agotada y desfallecida, la cual sigue su viaje confundiendo, ya en desconcierto, el despuntar del alba con el rayo amortecido de un sol poniente.

Señor presidente de la universidad, doctor Luciano Sanín, doctor Alfonso Tito Mejía, presidente del Consejo Superior, y demás miembros, muchas gracias, muchísimas por haber nacido en el Consejo Superior la idea de este altísimo homenaje. Compañeras y compañeros profesores, amigos y amigas estudiantes, señoras y señores: hemos visto nacer la universidad. La hemos visto crecer. Todavía es una adolescente que demanda por tanto del concurso de todos nosotros. Pero un día llegará, como hace algún tiempo lo dije, en que de sus muros centenarios brotará la hiedra que hace famosas a las universidades más antiguas del mundo y será entonces cuando en la cúspide de esta pirámide académica que estamos formando paso a paso, brillen con luz propia las obras científicas de sus hijos más preclaros, las obras que van a iluminar amplios tramos de la cultura patria y a proclamar sus gestas perdurables. Ellos, los mejores, darán a la universidad la fama que la perpetuará en palabras indelebles escritas en las páginas selectas de la historia universitaria nacional. Por ello, otra vez digamos, ¡salve madre universidad naturaleza del alma! ¡Salve madre bondadosa, Alma Máter!: para ella, hiedra en sus muros, y para sus hijos, laureles.



► Patio de las Palmeras. Archivo institucional. 2016

LA REINA DE LAS CIENCIAS

Darío Valencia Restrepo⁷

Permítanme ustedes que empiece con una anécdota personal. Cuando apenas iniciaba mis estudios universitarios, tuve la oportunidad de leer un libro ya clásico sobre historia de grandes nombres de la matemática, cuyo autor es Eric Temple Bell. Tenía capítulos con títulos tan bellos como «Mentes modernas en cuerpos antiguos», «El príncipe de los aficionados», «Grandeza y miseria del hombre», «El Copérnico de la geometría», y «Maestro de todos los oficios». Sus páginas constituyeron toda una revelación y un gran estímulo para despertar mi interés por esta disciplina y luego consagrar a ella parte de mi carrera docente e investigativa en la Facultad de Minas, en Medellín, y en el Instituto Tecnológico de Massachusetts.

Pienso que en la escala de nuestro país tendrá una virtud similar el libro que esta tarde tengo el honor de presentar, titulado *Historia de las matemáticas en Colombia*, y cuyo autor es el doctor Gabriel Poveda

⁷ Discurso dado a propósito de la presentación del libro *Historia de las Matemáticas en Colombia*, de Gabriel Poveda Ramos. Este discurso, dado por el doctor Valencia Restrepo, complementa las palabras que el propio Gabriel Poveda Ramos dio al recibir su *Honoris Causa*.

Ramos, quien hoy nos honra con su presencia. Pero no lo es porque señale nombres y logros de resonancia mundial, como aquel otro texto, sino porque presenta instituciones y figuras que, con grandes esfuerzos y gracias a la superación de las limitaciones propias del medio colombiano, impulsaron y propiciaron el desarrollo de la matemática entre nosotros. Son aquellos nombres pioneros —pertenecientes sobre todo al siglo XIX y comienzos del XX— los que pueden servir de ejemplo y de referencia a las generaciones actuales que desean ser útiles a su país desde el campo de la cultura científica, pues, como bien lo pone de presente esta obra, en dicha disciplina son muchos los aspectos pendientes cuyo desarrollo es urgente.

En sus más de trescientas páginas, el libro del doctor Poveda hace un recorrido, con frecuencia minucioso, de la historia de la matemática en el país desde la época de la colonización hasta fines del pasado siglo. Describe los aportes de personajes ilustres, colombianos y provenientes del exterior, tanto a la enseñanza como a las aplicaciones y el desarrollo técnico. Sobresale la atención que se presta a los docentes que se destacaron en los diferentes momentos de la historia. Los esbozos biográficos constituyen, en varios casos, un auténtico rescate de nombres olvidados o poco conocidos. Se ocupa con detalle de las circunstancias históricas que dieron origen a instituciones de influencia decisiva en el progreso de la matemática, tales como la Expedición Botánica, el Colegio Militar de Ingeniería, la Facultad de Ingeniería y el Departamento de Matemáticas de la Universidad Nacional, y la Escuela de Minas de Medellín.

Pero a la vez esta publicación ilustra los avances de la disciplina en cuestión mediante la presentación y discusión de planes de estudio y libros de texto que se seguían en el país durante las diferentes épocas, no pocas veces con discusión prolija de aquellos y de estos

más importantes. De interés es una lista que el autor completó de los libros de matemáticas escritos en Colombia durante el siglo XIX y la primera mitad del XX. Pero la mayor parte de los textos utilizados para los estudios de matemáticas en Colombia, en el siglo XIX y principios del XX, eran franceses. Vendría luego a imponerse la influencia de los Estados Unidos, circunstancia que lleva al autor a añorar la presencia culta y humanista de Francia. Recordemos que un cambio similar de influencias ocurriría también en la preparación de nuestros médicos.

Con respecto al análisis de textos, en el Apéndice III aparece una cuidadosa evaluación de los once libros del texto de física de Adolphe Ganot, editado en 1871, una oportunidad que aprovecha con gran propiedad el autor para ocuparse de aspectos didácticos, comparar con otros textos y contrastar el contenido con los avances anteriores y posteriores de dicha ciencia. Ganot ejerció una enorme influencia en la enseñanza de la física en muchos países, entre ellos Colombia, pues su texto fue publicado con motivo de los grandes cambios que experimentó la enseñanza de la ciencia en la Francia de la década de 1850. Numerosas ediciones a lo largo de ochenta años llevaron a considerarlo un manual que anticipaba algunas de las características de los textos actuales y que facilitaba la propagación de nuevas teorías.

De especial valor es la continua comparación con los avances científicos y los principales textos de estudio de Europa, cuya conclusión es el gran retraso con el cual se conocían y se integraban a la educación en Colombia. A este respecto, en uno de los numerales se detallan los avances sustantivos en Europa con relación al álgebra y la geometría en el siglo XVIII e inicios del siguiente, en tanto que más adelante se presenta un cuadro de gran utilidad que resume los cambios revolucionarios ocurridos en la matemática, también en Europa, a lo largo del siglo XIX. Este cuadro le da oportunidad al autor para

enumerar las razones que explican por qué nuestros profesores de matemáticas no se enteraron con oportunidad de dichos avances, entre las cuales menciona la pobreza de nuestras bibliotecas, la dificultad de adquirir libros, las guerras civiles y los altos costos de viajar al exterior.

A las anteriores razones es del caso agregar que la precaria herencia colonial dejó pocos científicos en el país, situación agravada por las pérdidas humanas sufridas en la lucha por la independencia. En su libro *El ideal de lo práctico*, Frank Safford señala que es asombrosa la forma exhaustiva como los generales españoles aniquilaron a científicos criollos.

La estructura del libro se limita a capítulos en orden cronológico, ya que en el interior de cada capítulo el autor ha preferido elaborar el relato, seguramente para no hacer rígida la lectura, mediante una sucesión de numerales que incluyen hitos importantes, esbozos biográficos, análisis de planes de estudio y textos de clase, monografía de algún tema de interés y copia facsimilar de carátulas o índices de textos de especial valor histórico.

La importante relación entre ingeniería y matemáticas, en razón del papel fundamental que éstas desempeñan en la formación universitaria de aquella, constituye una especie de *leitmotiv* que recorre el texto. De tiempo atrás, el mundo de las matemáticas ocupaba un lugar central en la preparación de ingenieros militares y civiles, al igual que en Colombia lo ocuparía a partir de 1848 en el Colegio Militar de Ingeniería, gracias a la tradición que trajeron personalidades como don Lino de Pombo, el coronel Joaquín Acosta y el coronel Agustín Codazzi. En particular, en el libro se señala un hecho histórico encontrado por el autor: las matemáticas han avanzado entre nosotros gracias al desarrollo de su enseñanza, muy ligado este progreso a la demanda de ingenieros en épocas de auge de la economía nacional. Esta correlación se confirma durante el período de gobierno del ge-

neral e ingeniero Pedro Nel Ospina (1922-1926), cuando ocurrió un vigoroso y extraordinario impulso a las obras públicas que se reflejó en el aumento de estudiantes y de la calidad de la enseñanza de las matemáticas en la Escuela de Minas.

Dado que la profesionalización de la matemática apenas comenzó en la Universidad Nacional de Colombia en 1950 —aunque desde la segunda mitad del siglo XIX se formaban profesores de matemáticas en la Escuela de Matemática e Ingeniería de dicha universidad— los avances de la ingeniería en las largas décadas anteriores fueron decisivos para el desarrollo de la matemática entre nosotros. Estudiantes de la matemática encontraban un campo de trabajo en las facultades de ingeniería, a la vez que diferentes ingenieros aprovechaban su buen conocimiento de la matemática para aplicarlo tanto a la docencia como al ejercicio profesional.

Esta enriquecedora simbiosis entre matemática e ingeniería, el progreso tan relacionado de una y otra, tiene otro resultado de mucho interés para los historiadores: en forma natural el libro proporciona también la evolución de la ingeniería en el medio nacional con indicación de hechos relevantes, principales protagonistas y datos reveladores.

Muy significativas son las estimaciones que el autor hace con respecto al número de profesores universitarios de matemáticas en 1930 y luego en 1955, con el fin de destacar el considerable aumento en razón del auge poblacional, económico, de infraestructura y técnico que experimentó el país en ese cuarto de siglo, todo lo cual estuvo acompañado de universidades nuevas y diversificación de la ingeniería. También son dicentes los datos que muestran el gran aumento de esos profesores cuando a partir de 1954 surgen los licenciados en matemáticas y física, así como la apreciación del enorme incremento, entre 1930 y 1955, de profesores de matemáticas y física en el nivel

secundario. Se advierte en el libro que, con respecto a 1930, el contenido y el nivel de las matemáticas hacia mediados del siglo xx no había mejorado sustancialmente, aun si se considerasen las mejores universidades.

Mención especial merece don Lino de Pombo, estadista, militar y diplomático nacido en Cartagena hacia fines del siglo xviii (recordemos que fue el padre de nuestro conocido Rafael Pombo). Después de completar su formación en matemáticas e ingeniería en España y Francia, regresó a realizar una fecunda labor en el país, al punto que el doctor Poveda lo considera como el primer gran cultor, maestro y profesor de las matemáticas en Colombia. En párrafo posterior, el autor opina que los tres más importantes matemáticos que han vivido en el país son, en orden histórico, Julio Garavito Armero, Carlos Federici Casa y Álvaro López Toro.

De estos tres nombres, el autor del libro muestra su gran admiración por Julio Garavito, a quien considera el matemático de mayor jerarquía en el siglo xix y con respecto al cual presenta una completa lista de sus principales obras en matemáticas y astronomía. Obtuvo doble titulación como profesor de matemáticas e ingeniero civil en la Escuela de Matemáticas e Ingeniería de la Universidad Nacional, y fue en dicha escuela en donde realizó una actividad docente que le mereció un aprecio ilimitado por parte de sus discípulos. En la actualidad es considerado una figura emblemática de la ingeniería como lo pone de presente la prestigiosa Orden Julio Garavito establecida por el Gobierno Nacional para condecorar ingenieros distinguidos. Su principal obra, reconocida internacionalmente, se refiere al movimiento de la Luna, un problema de mucho interés para la ciencia de su tiempo. Ello le mereció que en 1970 la Unión Astronómica diera su nombre a un cráter en el lado oculto de la Luna. Agregaría que Garavito Armero puede considerarse una especie de padre de la

astronomía entre nosotros, si tenemos en cuenta sus trabajos sobre mecánica celeste, su labor docente en la formación de un destacado grupo de ingenieros inclinados a la astronomía y su contribución a la elaboración de mapas y límites de Colombia mediante métodos astronómicos.

Tres controversias animan el trabajo que se comenta, dos de ellas de carácter internacional, y tan importantes que aparecen notoriamente en sus páginas. La tercera, más limitada en el tiempo y en el espacio por su carácter nacional, se refiere a las supuestas diferencias en el rigor con el que se impartían las matemáticas en las dos principales escuelas de ingeniería que existían a principios del siglo xx en el país: la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional en Bogotá y la Escuela de Minas en Medellín. Con buen criterio, el autor considera que no es apropiada la presentación que hace el sociólogo Alberto Mayor Mora, según la cual en la capital tenía lugar un desarrollo muy bien fundamentado de las matemáticas, en tanto que en Medellín lo esencial era la aplicación o utilidad de las mismas. Por supuesto que don Tulio Ospina, gran artífice de la Escuela de Minas, sostenía la importancia de la ciencia útil, pero es un hecho bien demostrado por el doctor Poveda Ramos que el alto nivel con que se impartía esa disciplina básica ha sido una característica siempre presente en dicha escuela.

La primera de las tres controversias tiene un mayor alcance, pues se refiere a la pretendida tajante diferenciación entre las llamadas «matemáticas puras» y las «matemáticas aplicadas», estas últimas vistas por algunos de los dedicados a las primeras, de acuerdo con el reiterado concepto del autor del libro, como algo de menor valor y casi que despreciable. Viene a mi memoria la expresión caricaturesca de un gran matemático: «Qué bellas son las funciones elípticas, lástima que tengan algunas aplicaciones». La realidad es que, si se

quiere plantear esa diferenciación, es fácil ver que su frontera es difusa y que el país requiere de ambos tipos de matemáticos. Está clara la necesidad de dar prioridad a la aplicación para los muchos problemas sociales del país, como bien lo señala el autor, pero no debemos depender totalmente de la ciencia venida del exterior y, con frecuencia, la historia enseña que un avance teórico pudo tener con posterioridad una aplicación sobresaliente o, así mismo, un proyectado desarrollo tecnológico puede exigir el apoyo de un nuevo avance teórico.

La segunda controversia de carácter internacional se refiere a la aparición del grupo de destacados matemáticos franceses, conocido con el nombre colectivo de Bourbaki, cuyo objeto fue intentar fundamentar todo el edificio matemático mediante el empleo riguroso del formalismo de la lógica, empeño que ya tenía el antecedente en la axiomatización de la aritmética, debida a Giuseppe Peano, y en los monumentales y mucho más ambiciosos «*Principia Mathematica*», de Bertrand Russell y Alfred North Whitehead. Debe recordarse que estos últimos suspendieron su trabajo cuando Kurt Gödel presentó su teorema sobre la imposibilidad de construir sistemas matemáticos completos, pues es posible que en cualquiera de estos se presenten proposiciones bien construidas cuya verdad o falsedad no pueda probarse dentro del respectivo sistema, es decir, que sean indecidibles.

Aunque el rigor de los libros de Bourbaki ejerció una enorme influencia en la matemática del siglo pasado, su empleo sin el debido criterio llevó a una excesiva formalización de la enseñanza de la matemática, como con razón lo señala el autor del libro. Por ejemplo, la teoría de conjuntos apareció hasta en niveles elementales de la educación, con una insistencia poco didáctica en la abstracción más propia de una formación superior. En otras palabras, los niños y jóvenes se benefician más de una presentación diacrónica del progreso de dicha ciencia y no de la elaborada síntesis obtenida por la humanidad a lo

largo de los siglos. La reacción no se hizo esperar una vez empezaron a evaluarse resultados y surgió entonces un movimiento que podríamos llamar «vuelta a lo básico», en Estados Unidos denominado «*back to basics*». Esta recomendación tiene hoy un significado adicional cuando los niños descuidan procedimientos y dejan todo a las calculadoras y a los computadores. Es importante que los niños descubran por sí mismos ciertos principios matemáticos gracias a un proceso que incluya la resolución de problemas en equipo, orientado por el maestro, el empleo del ensayo y error, y las aplicaciones a la vida real.

Sobre esto último, es bueno recordar una anécdota del inolvidable profesor Carlo Federici Casa, ya mencionado con anterioridad, varias veces profesor del doctor Poveda y profesor de este comentarista, en un curso de lógica, en un programa de posgrado en matemática aplicada de la Facultad de Minas. En una reunión campestre con niños, el distinguido maestro guio, sabiamente, a aquellos hasta llevarlos a descubrir el cero, concepto desconocido por la civilización clásica de Roma, pero sí empleado por los mayas para su numeración con base en 20.

Desde la introducción, en lo relativo a las matemáticas propiamente dichas, el texto comentado se atiene a la Nomenclatura Internacional de la UNESCO para los campos de Ciencia y Tecnología, tal como aparece en el Anexo iv. Pero con respecto a ciencias que hacen amplio uso de la matemática, y que a la vez se relacionan estrechamente con la formación profesional del ingeniero, el autor propone denominar a estas últimas como ciencias cuasimatemáticas. En la mencionada clasificación de la UNESCO, un buen número de estas cuasimatemáticas aparecen clasificadas como ciencias de la tierra y el espacio, matemáticas, física y las curiosamente denominadas ciencias tecnológicas. Entenderíamos, por tanto, que lo propuesto por el autor es un nombre *ad hoc* para su relato, en tanto que también podría ha-

blarse de ciencias de aplicación específica a la formación y actividad profesional de las diferentes ramas de la ingeniería o, un poco laxamente, ciencias de la ingeniería.

Una mención especial merece Francisco José de Caldas, considerado por el autor como el primer científico e ingeniero colombiano en sentido histórico, y también como el primer matemático nacido en Colombia. El libro enumera sus muchos aportes y sostiene que ellos fueron de especial valor para la historia de la ciencia en nuestro medio. Agrega que dejó un gran testimonio ético sobre el compromiso del hombre de ciencia frente a su país. En el Anexo 1 se presenta, en su totalidad, el largo y bello discurso del prócer el primer día del curso de la Academia Militar de Ingenieros, primer instituto superior para formar ingenieros en Colombia y que fuera fundado por Caldas en 1813, en la entonces República de Antioquia. Él mismo elaboró el plan de estudios y tuvo a su cargo las asignaturas de Aritmética, Álgebra, Trigonometría y Geometría durante los dos años que funcionó dicha academia. De las veintinueve páginas del libro que ocupa el mencionado discurso, es digno de destacar que en las primeras veintisiete Caldas se refiere únicamente a las virtudes del militar, y que apenas en las últimas dos se refiere a las materias básicas y aplicadas de la formación ingenieril. Viene a la memoria lo que decía don Tulio Ospina, artífice de la Escuela de Minas: lo principal para nosotros es la formación del carácter; es decir, primero ciudadanos que ingenieros.

Hacia el final del libro, el autor añora del pasado unas figuras del tiempo heroico de las matemáticas en nuestro país, sobre todo cuando expresa la dificultad para encontrar nombres de igual resonancia nacional entre los más o menos mil matemáticos de la actualidad, aunque muchos de ellos son excelentes profesores. Tal vez por eso el libro se detiene prácticamente hacia 1970, aunque el título del último capítulo es «Finales del siglo xx». En consecuencia, hay pocas

referencias a lo ocurrido una que vez el Gobierno Nacional reglamentó en 1980, por primera vez, los programas de posgrado conducentes a los títulos de especialista, magíster y doctor. Vale la pena mencionar los doctorados en matemática de la Universidad Nacional, en Bogotá y en Medellín, porque ambos muestran, en la actualidad, como uno de sus objetos el interés por la aplicación de esa disciplina a diferentes campos, en particular a la ingeniería, aunque seguramente no con la intensidad que desearía el doctor Poveda. En efecto, con toda razón él hace una lista de áreas de aplicación que revisten mucho interés social y que tendrían que ser objeto del trabajo de nuestros matemáticos, a la vez que expresa su preocupación por la gran inclinación de estos profesionales a las llamadas matemáticas puras, dejando de lado importantes aplicaciones a campos como la ingeniería, la biología y la ecología.

Sin embargo, el libro agrega que los matemáticos colombianos de hoy pueden anotarse varios triunfos históricos. Por ejemplo, le han hecho ver al país que su ciencia es fundamental para el desarrollo cultural y tecnológico; se ha formado un cuerpo de profesionales muy bien calificados; se ha puesto el país en las redes internacionales de investigación científica; se le ha prestado un servicio altamente valioso a la formación de ingenieros en las diferentes ramas; se ha contribuido a vincular la mujer al trabajo de la alta ciencia y la docencia; y se ha rendido un enorme servicio a la educación, desde el nivel infantil hasta el de doctorado, al igual que a la formación de una cultura científica en Colombia.

No sé si el límite temporal del que se habló antes explique en algún grado la afirmación del autor según la cual los programas de formación matemática, en particular para ingenieros, casi del todo se detuvieron —en sus currículos, contenidos y nivel científico— en lo existente en la década de los años cincuenta. Me parece que ello

no hace justicia a mucho de lo ocurrido con posterioridad. Este comentarista, primero, como alumno; y luego, como profesor, pudo experimentar los importantes cambios a ese respecto en la Facultad de Minas, algunos de ellos introducidos por el propio doctor Poveda y por otros distinguidos profesores como Alfonso Ramírez Rivera y Gabriel García Moreno. Y progresos similares ocurrieron en otras facultades de ingeniería de Colombia.

Para corroborar lo afirmado, es bueno recordar que el propio autor del libro introdujo, tanto en la Universidad del Valle como en la Facultad de Minas, hacia fines de la década de los años cincuenta, asignaturas tan novedosas para el medio académico de entonces como Ecuaciones Diferenciales Parciales, Transformaciones Integrales de Laplace y Fourier, Ecuaciones en Diferencias Finitas, Teoría de Matrices y Análisis Dimensional.

Con un testimonio personal ilustro, en parte, lo anterior: siempre recuerdo con gratitud que al llegar al Instituto Tecnológico de Massachusetts en 1970 tuve que enfrentarme a la participación en un proyecto que me exigía fuertes conocimientos en probabilidad y estadística. Pude empezar a sortear esa dificultad gracias a un curso pionero que el doctor Poveda, con gran visión, introdujo en la Facultad de Minas hacia 1960 y del cual fui estudiante.

En cambio, sí considero que el libro plantea el importante problema que se presentó cuando los cursos de matemáticas en las carreras de ingeniería dejaron de ser dictados por profesores ingenieros y fueron encargados a matemáticos profesionales o a licenciados de matemáticas. Se perdió, entonces, una formación matemática que tuviese en cuenta las aplicaciones en ingeniería, tan útil para el estudiante, sin que en el pasado ello hubiera implicado falta de rigor en la presentación de aquella ciencia básica, la que Gauss llamara «reina de las

ciencias». La solución podría estar en encomendar dicha formación a ingenieros con posgrado en matemática aplicada o a matemáticos o licenciados que se hayan orientado por las aplicaciones en alguna de las ramas de la ingeniería.

Una conclusión del libro es que, a pesar de los avances anotados con anterioridad, la matemática tiene tareas pendientes frente a Colombia: demostrar lo más que su profesionales pueden hacer en diferentes campos profesionales y disciplinarios; formar una comunidad profesional de ámbito nacional que pueda opinar unificadamente sobre los principales problemas de la nación; y procurar tener voz y voto como profesionales en los debates sobre temas del país tan importantes como los relacionados con la pobreza, los recursos naturales, el empleo, la salud, el desarrollo económico...

En el párrafo final del corto epílogo del libro, el autor narra una leyenda cuyo conocimiento dejo a los lectores de la obra. No obstante, opino que muchos de los destinatarios de la simpática metáfora de la leyenda no estarán muy de acuerdo con la moraleja de la misma.

Como todo buen libro merece ediciones posteriores, con seguridad habrá oportunidad para que el autor considere algunas pocas observaciones y erratas, así como para incluir un útil índice onomástico y tal vez otro de orden temático. Al respecto, quisiera mencionar una inquietud. Cuando leo algún libro importante de habla inglesa (no me refiero a libros de literatura o poesía), siempre encuentro una página de agradecimientos dirigidos a muchas personas y entidades, los cuales ponen de presente que el autor pudo haber recibido numerosas sugerencias, observaciones y correcciones provenientes de sus pares. Caso contrario es frecuente en nuestro país: muchos buenos libros son escritos en forma individual o con poca colaboración externa; es entonces explicable que en estos últimos libros aparezcan

algunas imperfecciones que podrían haber sido advertidas con ayuda de otros conocedores.

El autor del libro que hoy presentamos tiene sobrada autoridad para escribir esta historia de la matemática, pues durante largas décadas se ha consagrado tanto al estudio y docencia de esta disciplina como a la investigación de numerosos temas con ella relacionados. Ha introducido en la academia significativas áreas de la matemática aplicada, procedentes de avances del exterior, pero desconocidas en el país, y ha sido fundador o cofundador de importantes entidades dedicadas a la docencia y a la investigación. Y es impresionante la lista de inventos y descubrimientos originales y nuevos de Gabriel Poveda Ramos en matemáticas teóricas y aplicadas, tal como aparecen descritos en el último apéndice de su obra. Estos aportes y logros le han merecido ser miembro de número de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, y justifican que este comentarista incluya su nombre en un puesto de honor en la historia de la matemática en Colombia y que lo considere, sin duda, como uno de los primeros matemáticos de su generación.

Los amigos y admiradores del doctor Poveda vivimos sorprendidos de su capacidad de trabajo y su fecunda producción de libros y artículos en campos de la matemática y la ingeniería, la estadística, la historia, el planeamiento y el desarrollo. Son ellos expresión de su amor por el conocimiento y su de consagración al servicio de su patria, su terruño y sus semejantes.

Deseo aprovechar esta singular ocasión para dar testimonio de aprecio y agradecimiento por los ejemplos que he recibido del autor del libro, tanto desde la academia como fuera de ella. La seriedad, rigor y profundidad de sus clases y la rectitud de su vida personal y profesional han sido, desde mi época de estudiante, un modelo para la

labor docente y de dirección académica, para las tareas como consultor y para el trabajo de columnista de prensa y colaborador de revistas culturales y técnicas.

Finalmente, debemos agradecer a Ediciones UNAULA, de la Universidad Autónoma Latinoamericana, por la cuidadosa edición e impresión del libro y, a la vez, destacar el apropiado prólogo «Ingenieros y matemáticos en el desarrollo del país» escrito por la editora Ana Agudelo de Marín. La inclusión del libro en su serie Pensamiento Latinoamericano es un significativo aporte de dicha universidad a la difusión de tan importante tema, y merece la gratitud de investigadores, conocedores y amantes de la matemática.

Asimismo, es del caso expresar nuestro sincero reconocimiento a la Sociedad Antioqueña de Ingenieros y Arquitectos por la amable hospitalidad que ha tenido a bien brindarnos para llevar a cabo el acto del día de hoy.

Muchas gracias.



► Gabriel Poveda Ramos.
Foto: *El Colombiano*. (s.f.).
<https://www.elcolombiano.com/amp/antioquia/fallecio-el-ingeniero-antioqueno-gabriel-poveda-ramos-ID16409991>

Gabriel Poveda Ramos

Ingeniero químico y electricista. Magíster en Matemáticas. Ha sido distinguido con la Medalla al Mérito Profesional Juan de la Cruz Posada, de la Sociedad Antioqueña de Ingenieros, la Medalla Pedro Justo Berrío por Servicios a la Educación y al Desarrollo Económico de Antioquia, Mención Especial de la Organización de Estados Americanos, el Premio Alejandro López de la Sociedad Antioqueña de Ingenieros por el libro *La historia de la tecnología del calor*, el Premio Diódoro Sánchez y el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar como coautor de la *Historia de Antioquia*. (Sonsón, Antioquia, 1931- 2022).

« Este modelo “neoliberal”, “manchesteriano”, de “laissez faire” o de “sálvese quien pueda”, ha enriquecido escandalosamente a los grupos multibillonarios; ha entregado gran parte de las empresas y de los recursos del país a parásitos explotadores extranjeros; ha empobrecido a millones de los colombianos más pobres (en 2010, el índice de Gini llegó a 58,5 %, el peor en América Latina, después de Haití); y ha dismantelado sistemáticamente a la agricultura y a la industria nacionales »

► Ascenso, avance y colapso de la industria colombiana

Palabras pronunciadas por el autor, durante la recepción del título doctor Honoris Causa en Ingeniería Industrial, otorgado por la Universidad Autónoma Latinoamericana, con ocasión de los cuarenta años de creación de su Facultad de Ingenierías. Medellín, 7 de octubre de 2013.

Permítanme, ante todo, expresar mi profundo agradecimiento a la Universidad Autónoma Latinoamericana por su generosa deferencia hacia este servidor, al otorgarme el honroso título de doctor en Ingeniería Industrial, que quizá tiene en cuenta mi experiencia de cuarenta años como asesor y consultor de empresas industriales y de entidades de fomento industrial, en Colombia y en el exterior.

Desde 1958 hasta 1998 dediqué la mitad de mi trabajo profesional de ingeniero químico y electricista, a proyectar fábricas, a desarrollar procesos y materiales industriales, y a identificar nuevas producciones, mientras dedicaba la otra mitad de mi tiempo a enseñar e investigar en Matemáticas, Estadística y Econometría, y a darles aplicaciones en la Ingeniería y en la Economía. Esos cuarenta años fueron casualmente el tramo de su historia económica cuando Colombia vivió una expansión más dilatada de la industria nacional. Fue la época más rica en innovaciones tecnológicas, y la más fructífera en nuevas producciones. En esos cuarenta años nuestro desarrollo industrial avanzó con extraordinario vigor histórico, gracias a la vigencia afortunada y duradera de un modelo económico construido con ideas de Keynes, de los laboristas ingleses, y de siete grandes presidentes colombianos: Olaya Herrera, López Pumarejo, Santos Montejó, Ospina Pérez, Rojas Pinilla (mi profesor de Balística Exterior en la Escuela Militar), y los dos Lleras. Fue el modelo que los ignorantes han

llamado «cepalino» y que hizo crecer casi cien veces el tamaño de la economía colombiana desde su postración de 1905, hasta cuando un gobierno sin sensatez lo derogó en 1990.

Hasta aquí, registra mi memoria.

Permítanme ahora que haga un ejercicio de futurología, y que comparta con ustedes un informe imaginario pero realista que habrá de presentar un ingeniero industrial en un imaginario congreso internacional de esta bella profesión en un año venidero.

Dirá aquel colega: «Vengo de un país hermoso y lleno de riquezas naturales, pero con unas clases dirigentes agobiadoramente inaptas para gobernarlo. La naturaleza le dio a ese mi país dos mares; metales preciosos a rodo; treinta millones de hectáreas de tierra cultivable; recursos hidráulicos por caudales; petróleo y hulla en cuantías aún no bien aforadas; niveles de tierras y ecosistemas desde el borde del mar hasta los cinco mil metros; una fastuosa biodiversidad de flora y fauna; bosques naturales en decenas de millones de hectáreas; reservas enormes y desconocidas de cobre en su cordillera occidental, y aluminio y hierro en sus planicies orientales; enormes potenciales hidroeléctricos aún sin usar; nódulos oceánicos en dos mil kilómetros de costa Pacífica. En fin, un país dotado de recursos naturales industrializables, casi como ningún otro en la zona intertropical del mundo. Es un país que podía haber sido una potencia industrial de nivel medio, que repartiera equitativamente, para toda su población, los muchos beneficios que su industrialización ha deparado a países comparables, como Argentina o Costa Rica.

»El país del que hablo inició su industrialización en los albores del siglo veinte. Impulsaron ese proceso: sus minas de oro proveedoras de capitales; sus existencias energéticas de carbón y de hulla blanca; el empeño de una clase empresarial muy capaz, de ancestro vasco; una mano de obra laboriosa, entrenada en minas y en cafetales; los

ingenieros salidos de una entonces joven Escuela de Minas, en donde ya se enseñaban lecciones de Ingeniería Industrial; y un admirable presidente de la república llamado Rafael Reyes Prieto, quien gobernó de 1904 a 1909. Ese país tenía en aquella época (1905), poco más de cuatro millones de habitantes, y acababa de salir de una espantosa guerra civil.

»Como es natural, las primeras fábricas en ese primer tercio de siglo fueron las que producían bienes de consumo final para uso personal y para uso doméstico. Aquello se hizo con capitales nacionales que no sacaban sus utilidades a países extranjeros (como se usa hacer hoy), sino que eran reinvertidos en crecer y diversificar las empresas. Prácticamente toda esa actividad fabril se concentraba en una ciudad llamada Medellín y en sus poblaciones vecinas, y por eso esta ciudad mereció ser llamada, hasta mediados del siglo veinte, “la ciudad industrial de Colombia”. En la época de los años veinte, la ciudad de Medellín era notoria en Colombia por su actividad industrial, como solo lo eran Monterrey en Méjico y Sao Paulo en Brasil.

»A lo largo del siglo veinte, hubo tres factores poderosos que impulsaron continuadamente la industrialización de Colombia: el crecimiento demográfico, la electrificación, y el desarrollo cafetero. Las dos guerras mundiales (1914-1918 y 1939-1945) también propiciaron ese proceso, obligando a fabricar en el país productos que entonces escaseaban debido a los conflictos.

»Otro gran presidente gobernó a Colombia de 1922 a 1926. Fue el ingeniero y general Pedro Nel Ospina Vásquez. Durante su gobierno, el país progresó económica y tecnológicamente como si lo hubiera hecho durante varios decenios: construyó ochocientos cincuenta kilómetros de ferrocarriles; doscientos cincuenta kilómetros de carreteras; mil kilómetros de líneas telegráficas; cables aéreos; numerosos edificios nacionales; estimuló la navegación fluvial de varios

ríos; fomentó la mecanización agrícola; impulsó el desarrollo minero; etcétera, etcétera. Y, sobre todo, Ospina dio estímulo y protección arancelaria a la industrialización de todo el país; y así surgieron, gracias a sus políticas de fomento: fábricas textiles, metalmecánicas y de alimentos en Antioquia; ingenios azucareros en el Valle del Cauca y en la Costa; tabacaleras y de alimentos en Santander, y talleres ferroviarios en otras ciudades.

»Desde 1930 hasta 1935, el país y toda su economía sufrieron los desastres de la Gran Crisis Económica Mundial. Fue el gran presidente Enrique Olaya Herrera quien rescató a Colombia de ese colapso, ayudado por un lujoso trío de ministros antioqueños, y adherido resueltamente a las teorías y a las políticas económicas de *sir* John Maynard Keynes. De 1934 a 1938, Alfonso López Pumarejo, el Grande, completó esa obra y puso al país de nuevo sobre los carriles del desarrollo industrial, social, laboral y tecnológico. Las espléndidas reformas políticas, económicas, fiscales y educativas de la “Revolución en Marcha”, en 1936, fueron una muestra clara de cómo la industrialización es un poderoso proceso que estimula el adelanto social y político desde que aquélla marche orientada por un pensamiento político reformista y progresista.

»Desde 1938 hasta 1970 hubo otros pocos grandes presidentes industrializadores: Eduardo Santos Montejó (1938-1942), otra vez López Pumarejo (1942-1945), Mariano Ospina Pérez (1946-1950), Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957), Rubén Piedrahita Arango (1957-1958), Alberto Lleras Camargo (1958-1962) y Carlos Lleras Restrepo (1966-1970). No es casualidad que entre ellos figuren tres ingenieros: Ospina, Rojas y Piedrahita. En aquellos tiempos los mejores ingenieros civiles podían actuar con acierto como buenos ingenieros industriales.

»En 1938 el país ya tenía 8,7 millones de habitantes. Los cinco años y medio que duró la Segunda Guerra Mundial (fin de 1935 a mayo de 1945), forzaron a implantar un gran número de nuevas producciones, nuevas fábricas, nuevos métodos y nuevas tecnologías. Todo ello se hizo exitosamente, gracias a la gestión tecnológica, administrativa y económica de ingenieros, técnicos, administradores y obreros colombianos, casi sin aportes extranjeros. En 1945 el sector de la industria generaba ya el quince por ciento del PIB del país.

»El decenio de 1945 a 1955 fue un continuado proceso de ampliación de empresas, de sustitución de importaciones, de inversión en equipos industriales y de diversificación de producciones. Mientras tanto, la población empezaba a aumentar al paso vertiginoso del 3,5 % anual compuesto. Así que mientras en 1951 se contaron 11,5 millones de personas en el país, en 1964 se censaron 17,4 millones. Solamente el muy vigoroso proceso de desarrollo industrial y económico general de esa época permitió sostener el crecimiento fiscal que el país exigió para su crecimiento material, y generar los grandes volúmenes de empleo necesarios para el alud de población joven que esa explosión de población produjo. El censo de 1973 encontró 22,8 millones de pobladores, y como el país crecía velozmente, en 1985 llegaría a treinta millones. El sector industrial producía el veinte por ciento del PIB nacional.

»Omitamos el largo recuento de la extensa, profusa e intensa industrialización que vivió el país desde 1960 hasta 1990. Baste decir que fue impulsada por el vertiginoso crecimiento de la demanda interna, y apoyada por acertadas políticas de fomento, mediante instrumentos arancelarios, fiscales y financieros, más que todo ideados e institucionalizados en esa época por los dos presidentes Lleras. Fueron políticas que, a pesar de algunas equivocaciones de otros gobiernos, llevaron a la industria colombiana a tal nivel de modernidad y de

pujanza, que en 1990 el sector aportaba ya el veinticuatro por ciento del PIB total del país, mientras el país albergaba treinta y cinco millones de pobladores.

»Pero en 1990 cayó sobre Colombia un meteorito gigantesco, tan enorme y dañino como el que borró de la Tierra a los dinosaurios, hace sesenta y cinco millones de años. En 1986 se había reunido en Washington un cónclave de banqueros-pirañas, con economistas cavernícolas y con gobernantes imperialistas que decidieron estrangular el desarrollo de los países latinoamericanos, a quienes dictaminaron una receta económica venenosa: derruir las protecciones arancelarias; vender las empresas estatales; arrebatarles a los trabajadores las prestaciones sociales conseguidas en decenios; privatizar los servicios públicos; vender o liquidar los bancos oficiales; suprimir todas las políticas y las instituciones de fomento, y otros varios despropósitos. En ese momento, el sector industrial estaba aportando el veinticuatro por ciento del PIB del país, y crecía vivamente. Y en ese momento asumió el poder de Colombia un gobierno que se dedicó a enriquecer a los grupos financieros más opulentos; a vender a menosprecio los bancos, las empresas y el sistema eléctrico del país; y, en general, a aplicar rabiosamente las órdenes de los déspotas crematísticos anticolombianos del extranjero. La agricultura, que abarcaba cuatro millones de hectáreas al caer la centella de Washington, entró en un desastroso retroceso que la mutiló hasta solo tres millones de hectáreas.

»Este modelo “neoliberal”, “manchesteriano”, de “*laissez faire*” o de “sálvese quien pueda”, ha enriquecido escandalosamente a los grupos multibillonarios; ha entregado gran parte de las empresas y de los recursos del país a parásitos explotadores extranjeros; ha empobrecido a millones de los colombianos más pobres (en 2010, el índice de Gini llegó a 58,5 %, el peor en América Latina, después de Haití); y ha desmantelado sistemáticamente a la agricultura y a la industria

nacionales. Entre 1990 y 1995 el desarrollo industrial se paralizó, y desde entonces se convirtió en un severo retroceso. En los últimos veinte años el acelerado proceso de desindustrialización ha mutilado el aporte del sector fabril al PIB nacional hasta la paupérrima cifra de once por ciento, que era lo que marcaba en los años posteriores a la Gran Crisis de los años treinta. Es decir, que el funesto modelo del consenso de Washington, secundado por gobiernos serviciales ante intereses extranjeros, ha hecho retroceder a Colombia, al menos en este sentido, en algo así como ochenta años.»

Hasta aquí llegaría el relato de un expositor informado, sobre lo que fue el ascenso de nuestra industria, desde 1905 hasta 1990, y sobre su desplome desde 1995 hasta hoy. Yo espero que ya todo haya pasado en un futuro cercano, y que pronto Colombia vuelva a ser el país progresista y autónomo que fue, y que vuelva a ser gobernado por presidentes eminentes, como los que propulsaron eficazmente nuestra industrialización durante casi un siglo, y cuyos nombres eminentes ya mencioné.

No me complace presentar ante ustedes esta verídica historia, mitad gloriosa y mitad humillante. En total, es una historia cruelmente frustránea. Pero lo hago por tres razones potísimas: 1) porque ni los medios de comunicación, ni las clases dirigentes, ni el sistema educativo están denunciando este tremendo fracaso histórico; 2) porque es un deber ético de quien descubre un gran daño contra Colombia, el denunciarlo ante quienes lo oigan; 3) porque veo entre ustedes a muchos colegas jóvenes que necesitan conocer esta historia, y creo que ellos habrán de asumir la gran tarea de corregir esta involución perversa, que cubrió un siglo de la historia de nuestra Patria.

Muchas gracias.



► Perspectiva de UNAULA desde la Carrera Tenerife. Archivo institucional. 1968.



► Carrera Tenerife. Archivo institucional. 2026.

